123

DICHOS Y CANCIONES DE UNA MÍSTICA SUFÍ (SIGLO VIII) - Râbi'a al-'Adawiyya

RÂBI'A AL-'ADAWIYYA

DICHOS Y CANCIONES DE UNA MÍSTICA SUFÍ

(SIGLO VIII)



La portada y contraportada reproducen
fragmentos de una miniatura india (escuela Mogul - 1725).
La Gran Santa Sufí (siglo VIII) de Basora (Iraq) Râbi'a-'Adawiyya.

José J. de Olañeta, Editor
Apartado 296 - 07080 Palma de Mallorca (España)

ISBN: 84-9716-497-0
Depósito Legal: B-26.833-2006

Impreso en Limpergraf, S.L. - Barcelona
Printed in Spain

ÍNDICE

1

INTRODUCCIÓN

Permanece en la puerta si anhelas la Belleza,
Abandona el sueño si quieres entrar.

Estas palabras, atribuidas a Râbi'a al-'Adawiyya (siglo II de la hégira, VIII del calendario cristiano), recogen sin duda el espíritu de esta mujer, una de las grandes santas del Islam y figura indiscutible de la espiritualidad musulmana. Respetada y venerada como maestra, la tradición sufí encuentra en su enseñanza parte al menos de sus orígenes, y a ella es necesario remontarse para hallar el inicio de esa senda, la del puro amor, que muy pronto será una de las señas de identidad del *tasawwuf* o sufismo. El difícil equilibrio entre ascesis, deseo ardiente y distancia encuentra en Râbi'a una intérprete de excepción, y su introducción del término *hubb*, amor divino, en la relación con Dios supone un hito decisivo en la vía espiritual que hunde sus raíces en la revelación coránica. Dice 'Attâr, su principal biógrafo: «Râbi'a era única, porque su relación

con Dios y su conocimiento de las cosas divinas no tenía igual; fue muy respetada por todos los grandes espirituales de su tiempo, y su palabra era decisiva, de una autoridad sin discusión, para todos sus contemporáneos».

Durante siglos, los escritores musulmanes se refirieron a ella simplemente por su nombre, como se habla de alguien conocido, de quien no es necesario decir nada más: era, sencillamente, Râbi'a. Pero el tiempo ha pasado, nuestro mundo es otro y, por lo tanto, no debemos dar demasiadas cosas por supuestas si queremos adentrarnos sin perdernos en un territorio que resulta insólito por insospechado. Habrá que *permanecer en la puerta*, sin tratar de forzarla, a la espera, atentos a las señales que se nos den. Y *abandonar el sueño*, las ideas preconcebidas, los prejuicios, la tentación de apropiarnos de lo que no nos pertenece reduciéndolo a nuestros esquemas y perdiendo, así, cualquier posibilidad de comprenderlo. Râbi'a no es una mística cristiana, carece por tanto de sentido enmarcarla en categorías que le son ajenas; y, tal vez, incluso hablar de mística, sin matices, cuando nos referimos al sufismo pueda inducir a error o encubrir la usurpación de una espiritualidad, la musulmana, que posee sus propias claves, no intercambiables. La radicalidad del Islam, es decir, su insistencia en el recuerdo permanente de la unidad y unicidad de Dios, la

Realidad absoluta, que exige una entrega y sumisión totales, marca de forma inigualable a los seguidores de todas sus vías.

Tener esto en cuenta puede ayudar a descubrir un horizonte nuevo, inesperado, que poco tiene que ver con los conceptos habituales, con lo que se dice y se piensa acerca del Islam, el sufismo y el papel de las mujeres en ese universo religioso, tan cercano a nosotros y, sin embargo, tan mal conocido y con demasiada frecuencia denostado.

Inspiración coránica del sufismo

Hace ahora más de mil años, en el siglo II de la hégira (siglo VIII del calendario cristiano), el Irak hoy asolado, tierra antigua de cultura y civilización, era un país floreciente y luminoso, entregado al conocimiento, que transmitía ciencia y sabiduría; los musulmanes habían construido la ciudad santa de Basora, donde se acogía a estudiosos y sabios de todos los países, y en ella convivían árabes y bizantinos, persas y africanos, y florecían los estudios sobre literatura y lingüística, filosofía, jurisprudencia y las tradiciones del Profeta. Era una ciudad próspera, llena de vida y de piedad, que no tardaría en convertirse en importante centro cultural y científico,

en la que se iba tejiendo un nuevo pensamiento, una concepción del mundo, de la comunidad, del ser humano y de su relación con Dios. La prosperidad y el contacto con otras tradiciones fueron imponiendo costumbres cada vez más refinadas, pero también, de manera prácticamente inevitable, interminables debates intelectuales, luchas por el poder, y lo que a muchos pareció una disminución creciente del fervor primero. Supuso también la aparición de grupos espontáneos de ascetas y espirituales que, entregados a la oración y a la renuncia, volvían los ojos a los tiempos del Profeta, todavía cercanos; pronto este movimiento espontáneo comenzó a organizarse en escuelas y comunidades, de las que surgieron personalidades importantes, hombres y mujeres, que marcarían profundamente, con su vida y su enseñanza, la espiritualidad posterior. Así nace el sufismo, aunque, en realidad, el término, que no el espíritu, fuera desconocido en las décadas primeras del Islam, cuando, por una parte, ya se había producido la revelación definitiva y, por otra, todo estaba en gestación.

Se ha dicho que, en sus inicios, el sufismo era una realidad sin nombre que luego se convirtió en un nombre sin realidad, y esto parece aún más cierto hoy, cuando se pretende dejar de lado lo que estuvo en su origen, la espiritualidad musulmana y la inspiración coránica de esa ex-

periencia. Sea como fuere, parece cierto que existe una tendencia, cada vez más extendida en Occidente, que, a grandes rasgos, se podría condensar en «reconocimiento del sufismo, desprecio y desconocimiento del Islam». Sin embargo, parece difícil dudar del carácter intrínsecamente islámico de esta corriente espiritual. Ciertamente, el sufismo no es todo el Islam, pero sin Islam no hay sufismo. La fuente del sufismo se halla en el Corán; del Corán, recitado, meditado y practicado procede el sufismo, y no se puede confundir éste con un vago misticismo amoroso, siempre dispuesto a aplanar el terreno y evitar cualquier dificultad, cualquier esfuerzo. Querer nivelarlo todo, eliminar la distancia, sólo consigue perder de vista las dimensiones de altura y profundidad, confundidas con sentires más o menos placenteros; se pierde así la única posibilidad de entendimiento real, de comprensión, de enriquecimiento. Se pierde así la llave sin la cual la puerta permanecerá cerrada para siempre.

En cualquier caso, la pregunta por el origen del término se planteó ya en los primeros siglos de la hégira, y Hujwîrî, siglo III/XI[1], recoge diferentes opiniones: para unos, la palabra sufí derivaría de *sûf*, lana, pues de lana

---

[1] La fecha que aparece en primer lugar corresponde a la hégira, la que aparece tras la barra, a la era cristiana.

burda era el hábito o el manto con el que se cubrían los primeros sufíes; otros dirán que deriva de *ashâb-i Suffa* (literalmente, «los del Banco»), denominación con que se conocía a un grupo de Compañeros que se reunían alrededor de la mezquita del Profeta, mientras que otros afirman que el nombre deriva de *safa*, pureza, insistiendo en la dimensión interior.

En cuanto a lo que es el sufismo, existen innumerables definiciones[2]: «Debes saber que el fundamento del sufismo y del conocimiento de Dios reside en la santidad», dice al-Hujwîrî. «Sufí», dice al-Bistâmî (m. 261/875), «es aquel que coge el Libro de Dios con la mano derecha y la Sunna con la mano izquierda, mira con uno de sus ojos al Jardín y con el otro al Fuego; se envuelve a sí mismo con la envoltura de este mundo y se cubre con la capa del otro mundo, y entre ellos dice a su Señor: "A Tu servicio, oh Señor, a Tu servicio"».

---

[2] Para un estudioso contemporáneo, Henry Corbin, «el sufismo es, por excelencia, el esfuerzo de interiorización de la Revelación coránica, la ruptura con la religión puramente legalista, el propósito de revivir la experiencia íntima del Profeta en la noche del *mi'râj* (la ascensión nocturna); en último término, una experimentación de las condiciones del *tawhîd* (proclamación de la unidad divina) que lleve a la consciencia de que sólo Dios puede enunciar por sí mismo, en boca de su fiel, el misterio de su unidad».

Para Ibn Jaldún (1332-1406), «el sufismo es una forma de conocimiento de la Ley religiosa; fue la vía seguida por los Compañeros del Profeta, sus discípulos y sus sucesores. Reposa en la práctica estricta de la piedad, de la fe exclusiva en Dios, de la renuncia a las vanidades del mundo, a los placeres, a las riquezas y los honores que buscan el común de los mortales, y en momentos de retiro, lejos del mundo, para entregarse a la oración. Todo esto era corriente entre los Compañeros del Profeta y los primeros musulmanes. [...] Los sufíes se caracterizaban por el ascetismo, la renuncia y la piedad. Después desarrollaron un género de conocimiento particular, los éxtasis. El novicio sufí progresa de una estación a otra hasta la experiencia de la Unidad divina (*tawhîd*)».

Y Jâmî (m. 1492), adéntrandose más en la experiencia, dirá: «Sufí es aquel que, perdido en la contemplación de la Belleza eterna y arrastrado por el amor de la substancia sin fin, está separado de los dos mundos por una barrera infranqueable; y lo mismo que ha renunciado a todo deseo en esta vida, su voluntad se ha desinteresado igualmente de la vida futura».

Central en este desarrollo del sufismo es la *shahâda*, la profesión de fe del Islam: *No hay más divinidad que la Divinidad*, es decir, sólo el Absoluto es absoluto, y to-

do lo demás es relativo. En última instancia, sólo Dios es real, Él es la única Realidad. Todo viene de Dios (Corán 4, 78) y todo vuelve a Él (Corán 10, 56). Él es el Primero y el Último [el Principio y el Fin], lo Manifiesto [Exterior] y lo Oculto [Interior] (Corán 57, 3). No hay ahí ningún panteísmo, sino un camino, más allá de la lógica racionalista, que se va recorriendo y desvelando gracias al ahondamiento en la palabra, la recitación («Corán» significa recitación), la repetición de los Nombres más Bellos de Dios, hasta llegar a la verdadera Realidad que resuelve todo dualismo sin caer en la con-fusión: Dios sigue siendo siempre Dios. Adorar a Dios por Dios solo es, así, el núcleo del sufismo, la entraña del Islam, y esto se remonta a los inicios; en palabras de Roger Garaudy, «el sufismo es un comentario del Corán, una manera de leerlo y, sobre todo, una manera de vivirlo».

Rasgo destacado de este movimiento naciente será, pues, su inserción en la vida cotidiana de la comunidad; no es un movimiento aparte, separado, sino plenamente inmerso en el tejido y la actividad social, de ahí la cautela de no identificar sin más mística y sufismo, lo que dejaría fuera sus innumerables expresiones en todos los ámbitos, y ello no en detrimento del sufismo, muy al contrario. Debido precisamente a su vigoroso impulso hacia

la Unidad, sello, por otra parte, del Islam, que no se puede entender simplemente como una «religión» más, sino también, y fundamentalmente, como un modo recto de vivir, el *tasawwuf* o sufismo no disocia la contemplación de la acción, la práctica religiosa del deber comunitario, la vida del espíritu del trabajo intelectual, y ello ha sido así a lo largo de su historia[3].

Esta manera de vivir estuvo, en un principio, fuertemente marcada por el ascetismo, y, al parecer, asceta fue la primera denominación para los sufíes. La tradición encuentra en los grandes Compañeros de Muhammad los primeros testimonios de este camino de devoción y renuncia en el que está ya el germen de la orientación mística, con el sentimiento de la constante presencia divina expresado en el hadiz: «Adora a Dios como si le estuvieras viendo. Pues aunque tú no le veas, Él te ve».

---

[3] Desde la monumental obra metafísica de Ibn 'Arabī, a las órdenes sufíes que se alzaron en defensa de la comunidad y la justicia social, pasando por las distintas cofradías en que se agrupan calígrafos, tejedores, arquitectos, etc., o los innumerables ejemplos en el campo del arte, como la poesía y la música. En definitiva, el sufismo está profundamente implicado en la sociedad islámica tradicional en multitud de formas, penetrando en múltiples esferas, desde los oficios a las cofradías de guerreros, etc.

Râbi'a al-'Adawiyya

Poco se sabe de su vida, y ese poco nos llega tejido de leyendas, pero las leyendas atestiguan el reconocimiento, la veneración de que fue objeto; por otra parte, lo conocido procede casi exclusivamente de los dichos, hechos y canciones que se le atribuyen, de las anécdotas sobre su vida recogidas por biógrafos posteriores que cuidan siempre, y éste es un dato importante, de precisar la cadena de transmisión, garantizando así lo transmitido.

Râbi'a al-'Adawiyya, también conocida como Râbi'a al-Qaysiyya o Râbi'a al-Basrîyya, nació en Basora el año 95/714 o 99/717-718, aunque se especule sobre un posible origen persa, y en esa ciudad pasó la mayor parte de su vida. Según 'Attâr, su nacimiento estuvo rodeado de hechos milagrosos; cuarta hija de una familia muy pobre, su padre la llamó Râbi'a (que significa «cuarta») y pronto quedó huérfana. Fue vendida como esclava y, siempre según la tradición, su amo la puso en libertad cuando una noche la descubrió en oración y rodeada de luz. Una vez liberada se estableció en el desierto; más tarde marchó a Basora, donde construyó una pequeña cabaña para entregarse a su vida de adoración, y a su alrededor se fue reuniendo un gran número de aspirantes a la vía espiritual, discípulos y compañeros que iban a visitarla pa-

ra recibir sus enseñanzas, pedirle consejo y escuchar sus palabras. Rechazó numerosas ofertas de matrimonio, mientras, poco a poco se iba extendiendo su fama, y a su choza acudían los grandes sabios y políticos de su tiempo; entre sus discípulos más ilustres se puede citar a Mâlik ibn Dînâr, el asceta Rabah al-Qaysî, el especialista de hadices Sufyân ath-Thawrî y el sufí Shaqîq al-Balkhî. Según otra tradición, fue durante un tiempo tocadora de flauta y prostituta; más tarde se arrepintió y se fue al desierto, para volver finalmente a Basora. Allí murió en 185/801; las fuentes medievales sitúan su tumba en las afueras de la ciudad, no en Jerusalén ni Egipto, como también se ha afirmado, debido probablemente a una confusión con Râbi'a bint Ismâ'îl, también conocida como Râbi'a al-Shamiya o Râbi'a de Siria, cuya tumba está en el Monte de los Olivos, al este de Jerusalén.

* * *

La fuente principal, y ya clásica, para reconstruir su vida es el poeta persa Farîduddîn 'Attâr (m. 627/1230) que, en su *Memorias de los Amigos de Dios*, ofrece la biografía más extensa y completa, aunque algunos relatos tengan un carácter más legendario que histórico. Su obra viene a sumarse a otras, anteriores y posteriores, de autores que presentan las vidas de mujeres sufíes ya desde

los tiempos primeros de la hégira, pues Râbi'a es el ejemplo más célebre, pero no la única, y sin duda su renombre ha tenido el efecto colateral de mantener en la sombra la valiosa contribución de muchas otras. Por otra parte, subrayar su excepcionalidad ha servido también para mantener el tópico de la supuesta incapacidad de las mujeres para alcanzar ciertas metas de sabiduría y, muy especialmente, para alimentar las falsas imágenes del discurso occidental sobre el mundo islámico en general; de ahí la importancia de señalar la existencia de esas fuentes, transmisoras de una memoria que sin ellas permanecería velada.

Son textos, no todos, en los que las mujeres aparecen citadas en plano de igualdad con los hombres por su sabiduría, conocimiento y virtud, o como transmisoras veraces, y gracias a los cuales se puede recrear, en cierta medida, la imagen de un mundo abierto y tolerante que poco tiene que ver con los tópicos acostumbrados; los dichos transmitidos, con las notas y comentarios de sus recopiladores, hablan por sí solos de la sociedad a que esas mujeres pertenecen y de su importante papel en ella: maestras de grandes espirituales, mujeres libres, mujeres esclavas, solteras, casadas, conocidas y desconocidas, místicas y ascetas, veneradas por los doctores de la ley, a los que se dirigen desde la altura que les confiere su

estatuto de sabiduría y santidad, permanecieron durante mucho tiempo en la memoria y en la tradición oral de la que luego beberían sus biógrafos.

Dado que no es posible enumerar aquí todos esos textos, y sería imposible nombrar a todas las mujeres citadas en ellos, recordemos al menos que ya Muhammad ibn Sa'd (m. 230/845), en su *at-Tabaqât al-kubrâ*, incluye retratos de todos los portadores de la tradición desde los tiempos del Profeta hasta entonces, citando a numerosas mujeres. O que al-Jawzî (m. 597/1200) incluirá en su *Sifat as-Sarwa* información sobre 240 mujeres sufíes, y, lo que no deja de ser sorprendente dada su no excesiva simpatía por ellas, criticará a su antecesor al-Isfahânî por ignorarlas en su *Hilyat al-awliyâ'*: «No mencionar a las mujeres devotas, dice, hace que los hombres ignoren a las mujeres en general. Sin embargo, el jurista Sufyân ath-Thawrî aprendió de Râbi'a y siguió sus enseñanzas». No obstante las palabras de al-Jawzî, parece cierto que al-Isfahânî (m. 429/1038) escribió una biografía completa de Râbi'a.

Una autoridad importante, aunque ya tardía, es al-Munâwî (952/1545-1031/1621) quien, en sus *Tabaqât*, realiza un auténtico homenaje a las treinta y cinco mujeres cuya vida ofrece de la boca de los mayores maestros y sabios de la época. Sirva de ejemplo el relato

sobre Fátima bint 'Abbâs (VIII/XIV), *shayka* y doctora de la Ley, sufí versada en las ciencias de la jurisprudencia pero sobre todo prueba viviente de que en esa época la mujer no había desaparecido completamente del espacio público y ocupaba un lugar central; en la mezquita, corazón de la comunidad, una mujer, Fátima, pronunciaba un sermón todos los viernes.

A este somerísimo repaso debemos añadir un hallazgo importante. En 1991 apareció en Arabia Saudí, entre una colección de tratados de as-Sulamî (325/937-412/1021), gran sistematizador del sufismo, una obra perdida desde hacía siglos y conocida tan sólo por la referencia de escritores posteriores; se trataba de *Memoria de las Devotas sufíes*, en la que su autor ilustra la vida, a modo de pinceladas, y recoge las palabras de ochenta y cuatro mujeres sufíes. El trabajo está acompañado de una nota del copista que afirma que el trabajo había sido completado diez noches antes de la mitad del Safar, en el año 474, que corresponde al 17 de julio de 1081 de la era cristiana, sólo sesenta años después de la muerte de Sulamî.

Esta obra es de particular interés no sólo por la importancia de su autor sino también por los datos que ofrece. Como vimos anteriormente, Basora fue un centro destacado de conocimiento y espiritualidad,

pero resultaba difícil identificar con alguna precisión las escuelas de mujeres sufíes allí existentes; ahora bien, a partir de la obra de as-Sulamî, en conjunción con la de al-Jawzî, se concluye inequívocamente la presencia de varios movimientos de mujeres ascetas entre el siglo II y III de la hégira (VIII-IX e. c.), muchas de ellas anteriores a Râbi'a 'Adawiyya, que no fue la única ni la primera.

El trabajo de as-Sulamî no pertenece al género hagiográfico; recoge dichos de mujeres en paridad con los hombres, mostrándolas como maestras de práctica y de doctrina y citando cuidadosamente las cadenas de transmisores con autoridad, para avalar la veracidad de su exposición; ya en la introducción de sus *Tabaqât* apunta su visión incluyente mediante el recurso a Corán 48, 25: «Y si no llega a ser por hombres creyentes y por mujeres creyentes a quienes no podíais reconocer...». Para él, las mujeres son también «maestras de las realidades de la Unidad y la Unicidad divina, recipientes de la palabra divina, poseedoras de visiones verdaderas y de conducta ejemplar, y seguidoras de los caminos de los profetas», y lo atestigua en su obra mediante la semblanza admirada y respetuosa, y la frecuente mención a su papel como compañeras, críticas y maestras de importantes sufíes.

Volviendo a Râbi'a, Sulamî la considera la sufí por excelencia, y abre su obra con ella, ignorando en este punto la cronología real, pues la primera escuela de ascetismo femenino de Basora habría sido fundada un siglo antes por Mu'âdha al-'Adawiyya, a la que él señala, quizá a causa de su admiración, como «compañera íntima» de Râbi'a. Rompiendo con la imagen habitual que de ella transmite la hagiografía moderna, pero coincidente, por otra parte, con otros autores antiguos, el retrato de Sulamî difiere bastante de la reclusa emotiva y sentimental que con frecuencia llega hasta nosotros. Râbi'a es una gran maestra sufí, inteligente y equilibrada, que demuestra su dominio de los estados místicos, como la veracidad (*sidq*), autocrítica (*muhâsaba*), embriaguez espiritual (*sukr*), amor de Dios (*mahabba*) y gnosis (*ma'arifa*). Aunque habitualmente se la identifica como la iniciadora del misticismo amoroso sufí, este no es un aspecto particularmente importante de su enseñanza para as-Sulamî. Él se centra en su capacidad intelectual, detallando los consejos espirituales que da a los estudiosos musulmanes, sus lecciones morales al jurista Sufyân ath-Thawrî, y su reputación como especialista en *fiqh al-ibâdât*, la jurisprudencia de la práctica religiosa. Para as-Sulamî, Râbi'a es más una gnóstica o conocedora que una amante, y reserva este papel para su discípula Mar-

yam de Basora[4], conocida por sus discursos sobre el amor y sus éxtasis frecuentes.

Gnóstica y maestra

Sea como fuere, pensamiento y amor no están separados, el corazón es sede de la iluminación, y ésta se expresa como sabiduría; sin duda Râbi'a supo conjugar ambos aspectos. En realidad, reconociendo en primer lugar lo poco que podemos saber de cualquier otro, más aún cuando nos separan siglos en el tiempo y la mente está plagada de rutinas, lo que de Râbi'a ha llegado hasta nosotros parece confirmar su figura de maestra; maestra de vida, maestra también de conocimiento, tal como aparece una y otra vez en los dichos y anécdotas que de ella se cuentan. Los dichos, a veces rudos, siempre directos, equilibran el aspecto emocional tantas veces subrayado en los poemas, y a menudo se convierten en interpela-

---

[4] Maryam de Basora, era, en palabras de as-Sulamî, «contemporánea de Râbi'a y la sobrevivió. Era también su compañera y la servía. Acostumbraba a hablar sobre el amor (*mahabba*), y cada vez que oía discursos sobre la doctrina del amor caía en éxtasis [...]. Se cuenta que en una ocasión asistió a la sesión de un predicador, y cuando éste empezó a hablar del amor, ella cayó en éxtasis y murió».

ción, descubren las trampas, tan frecuentes en la vía espiritual, y muestran su penetrante capacidad de discernimiento. Esto no significa que debamos dejar de lado su extraordinaria aportación a la doctrina del amor divino, pero parece conveniente situar ese amor en su verdadera dimensión, es decir, un amor que no se confunde con sensiblería ni es proyección de perturbaciones mentales o trastornos afectivos, sino amor sabio, recio, vigoroso, incondicional. El camino sufí atraviesa numerosas etapas, y no puede estar sujeto a fantasías sentimentales; es una ciencia, la ciencia del corazón, la ciencia del conocimiento de Dios, y requiere una disciplina. Tal vez valdría la pena considerar que es precisamente el amor el que busca y necesita una cierta ascesis que libere al amante de cualquier preocupación que le distraiga del Amado.

Los versos de Râbi'a citados al comienzo de esta introducción reflejan de manera serena la actitud, lúcida y equilibrada, de quien, enamorada de la Belleza, conoce al mismo tiempo la distancia que la separa de su objetivo. Atenta a cualquier signo, abandona el sueño, a la espera, sabiendo que el Dios Inaccesible es también el cercano, tan cercano como la propia vena yugular (Corán 50, 16).

Abandonar el sueño debe entenderse primero en su sentido literal de no dormir, de pasar la noche en vela, práctica habitual entre los espirituales de Basora y que

aparece constantemente en los relatos que nos han llegado sobre ella. Cuenta 'Attâr que Râbi'a oraba todo el día y toda la noche, haciendo mil *raka'ât*[5], y que frecuentaba a Hasan al-Basrî, al que los biógrafos coinciden en presentar como su discípulo. Hasan al-Basrî (21/643) murió en 110/728, cuando Râbi'a tendría entre diez y quince años, por lo que no parece posible tal relación, pero los autores de los relatos no buscaban la objetividad histórica, sino ofrecer una enseñanza, la transmisión de una sabiduría representada por esta maestra espiritual; atestiguan así la veneración y el respeto hacia ella, asociándola con el conocido como «patriarca de la mística musulmana» y una de las figuras más eminentes del siglo II de la hégira.

Con la ascensión de los Omeyas tras el asesinato, en el 661, de Alî ibn Abî Tâlib, cuarto califa y yerno del Profeta Muhammad, los círculos devotos musulmanes emprendieron una actitud de resistencia. Con la excepción de 'Umar II, los Omeyas fueron siempre acusados de malos gobernantes y de conducta impía, y arreciaron los debates; Hasan al-Basrî encabezó la actitud antiguberna-

[5] Conjunto de posturas y recitaciones que forman una unidad de oración; el creyente debe comenzar con la recitación de la *Fâtiha* (sura de apertura del Corán), para continuar con otros versículos escogidos libremente.

mental, si bien buscó la reparación de la injusticia no con las armas, sino con una vida de renuncia. Pero Hasan no fue simplemente un asceta, fue también un gran maestro, reconocido en su virtud por Alî, según cuenta Ibn 'Attâ' Allâh, y autor de una teoría ascética y mística que marcó profundamente a las espirituales contemporáneas y posteriores; son muchos los que le consideran fundador del sufismo y de la teología escolástica islámica o ciencia del *kalâm*. Y de un hombre de tal autoridad hacen los biógrafos de Râbi'a su discípulo. Cuenta 'Attâr que si Râbi'a no estaba en la asamblea, Hasan se negaba a pronunciar su sermón, hasta tal punto apreciaba su presencia.

Porque, en efecto, los dichos y anécdotas la asocian en términos de igualdad con los maestros sufíes de su tiempo, incluso por encima de ellos, incluidos aquellos que eran aceptados como sabios y santos y maestros venerados del *tasawwuf*. En esos encuentros, aparecen casi siempre hombres, discípulos y amigos, y no se menciona a sus compañeras; aparecen en ocasiones sus sirvientas, 'Abda bint Shuwâl y Maryam de Basora, ambas entregadas a la vía espiritual. De ello se podría deducir que, además de servirla, eran sus discípulas, lo que encajaría perfectamente con su imagen de maestra. Munâwî la presenta a la cabeza de las mujeres discípulas y como guía de las ascetas, y sabemos que acudía a las reuniones de estudio y a las

veladas de rememoración y meditación frecuentes en Basora. Por otra parte, los dichos guardan cierta semejanza en su estructura con los de los padres y madres del desierto cristianos; si se acepta la similitud, podríamos concluir que reflejan vívidamente su método de enseñanza.

Râbi'a tuvo muchos discípulos y seguidores que iban a visitarla en busca de consejo y enseñanza, y sus respuestas, directas y llenas de autoridad, debieron de impactar hondamente en quienes la escuchaban. La forma en que se recogieron sus palabras, en ocasiones muy pocas, apenas una frase, hablan de lo atractiva que debió de ser su personalidad y de la apertura del ambiente en que transcurrió su vida. Porque Râbi'a se muestra con una libertad inaudita, no exenta de ironía cuando la situación lo requiere. Así, a una observación misógina responderá que, a diferencia de los hombres, ninguna mujer pretendió nunca ser Dios ni se dedicó tampoco a corromper a otras mujeres. Cuando le preguntaron si odiaba a Satanás, respondió que estaba demasiada ocupada amando a Dios para pensar en Satanás, e, incluso, cuando le preguntaron por su amor al Profeta, contestó, con el mayor respeto hacia Muhammad, que en su corazón sólo había lugar para el Amado. Y esta libertad se observa también en algunas de sus «observaciones» al mismo Dios, sólo posibles desde su extremada confianza en Él.

En los diálogos con sus interlocutores, manifiesta su crítica radical a todo lo que encubre la verdad, que suma velos en lugar de desvelar y desvía la mirada de la verdadera Realidad. Su profunda percepción del *tawhîd* le hace denunciar toda veleidad como idolatría, asociación de lo ilusorio a la Divinidad, se trate de devociones o de asuntos mundanos, y con una lucidez implacable señala y desnuda lo que es otro que Dios y, sin embargo, pretende ponerse en su lugar, aunque sean teologías. Los maestros que aparecen con ella en los Dichos han de escuchar, una y otra vez, las penetrantes palabras de esta mujer; sin embargo, ella no quería que nadie la tuviera por maestra, se escandalizaba cuando alguien le mostraba reverencia, pues, señal de su sabiduría, se consideraba siempre aspirante, siempre en camino.

Por otra parte, se nos cuenta con toda naturalidad que eran muchos los amigos que iban a visitarla, y que, por ejemplo, Hasan al-Basrî, permaneció en más de una ocasión durante toda la noche en su casa, entregados ambos a la conversación sobre la vía espiritual y los misterios de Dios. Lo que resulta más sorprendente, dados los tópicos sobre la época y el Islam, es que no parece que nadie se escandalizara de ello, por lo que se puede deducir que ese comportamiento no era tan extraño, al menos en su tiempo, y que se puede extender a otras mujeres. Vemos tam-

bién, a través de los dichos y las anécdotas, su independencia: no acepta ningún donativo, gana su sustento cultivando una pequeña huerta y vendiendo en el mercado los trabajos realizados con sus manos, y emprende sola, con un burro, su peregrinación a La Meca. Vive al instante, se niega a hacer planes de futuro, incluso a pedir nada a Dios, pues todo lo que acontece es, para ella, en última instancia, voluntad de la Divinidad, y eso es lo único que le importa, mostrando así su libertad con respecto al mundo y su absoluta sumisión al Amado; como más tarde dirá Ibn 'Attâ' Allâh, «eres esclavo de aquello que amas, pero Él no quiere que seas esclavo de otro que Él».

Quizá uno de los aspectos que resulten más extraños al lector contemporáneo sea la mención, tan frecuente en los Dichos, del temor, el llanto, las noches en vela, la renuncia, pues el mundo de la modernidad los considera solamente en un aspecto negativo, y sin duda ésa es una lectura posible, pero no la única y no necesariamente la mejor. Cierto es que la vida de Râbi'a estuvo fuertemente marcada por el ascetismo, por el despojamiento que mantuvo hasta el final de sus días, pero también lo estuvo por el amor, y ése el elemento fundamental que da sentido a todo lo demás, su pasión por el Absoluto. Dios es para ella un Dios celoso que exige una entrega indivisa, y ella escogió un vida de entrega total.

En cualquier caso, y frente al ambiente marcadamente pesimista de algunos grupos ascéticos y su reflexión atormentada sobre el Día del Juicio, que consideraban inminente, la actitud de Râbi'a se caracteriza fundamentalmente por el anhelo, la confianza, el asentimiento a la voluntad del Amado, el abandono, la gratitud y la cortesía espiritual. Los sentimientos enfrentados que afectan a todo ser humano, como alegría y dolor, esperanza y desesperación, se resuelven yendo más allá, en la disponibilidad y la atención permanente a la Belleza de Dios, ante la que se olvida todo lo demás. Ciertamente, las fronteras entre las emociones son fluidas, pero Râbi'a parece haber encontrado la salida a esa inestabilidad apartando la mirada de sí misma, una vez zanjadas las preguntas decisivas que cada cual, en algún momento, se habrá de plantear: quién soy, de dónde vengo, a dónde voy, cuál es mi objetivo en esta vida. Para ella, todas se decidían en el único objetivo, Dios, que sin duda en ocasiones se manifestaba como presencia, en otras como ausencia, sin que eso pareciera importarle: el anhelo era más fuerte, el deseo de unión con el Amado la despoja incluso del dolor y la desesperación, llevándola al desapego de todo lo que es otro que Dios. Y lo vive todo como don.

El concepto de *fanâ'*, anonadamiento en la presencia divina, exige la aniquilación del ego, del yo inferior, y es-

to supone el conocimiento acerado de uno mismo, encarnar la sentencia tantas veces repetida entre los espirituales del Islam: «Quien se conoce a sí mismo conoce a su Señor». No se trata aquí de una identificación superficial, sino de la conciencia de los propios límites, que son signo, para quien sabe leerlos, de lo Ilimitado. Ese conocimiento produce temor; pero no un temor cobarde, que Râbi'a denunciará continuamente, sino ese otro temor, principio de sabiduría y santidad, que es reverencia ante la grandeza y la maravilla, y produce adoración; en palabras de al-Qushayrî: «Quien teme mucho una cosa, huye de ella, pero quien teme verdaderamente a Dios, huye a Él». Y dice Corán 35, 38: «Sólo los sabios temen a Dios».

De este modo, la vía del rigor abre paso, o convive, con la vía de la belleza. O quizá se transfigura. Y lo que es renuncia y pobreza a los ojos del mundo, es la única vida posible para Râbi'a, la amante gnóstica. Así la describen los autores antiguos, y así lo cuenta al-Jawzî:

Muhammad ibn 'Amr nos ha transmitido: «Fui a ver a Râbi'a cuando era ya una anciana de ochenta años, tan arrugada que parecía un cuero seco a punto de romperse. En su casa sólo había una estera de juncos y unas trébedes de caña persa de dos metros de alto. La techumbre era de ramas secas, quizá recubiertas de estiércol. Había también un cántaro, un odre y una espe-

cie de manto de lana que era, al mismo tiempo, su lecho y su alfombra de oración...».

Asceta y amante

Asceta y sufí, Râbi'a conjuga sabiamente la tensión entre el deseo y la renuncia, el conocimiento de la distancia, que sólo Dios puede traspasar, y la espera. A la manera de canciones, sus poemas son destellos de sus largas conversaciones con el Amado, del anhelo insaciable, de su desprendimiento, de su amor incondicional, pues ésa es la condición del verdadero amor, amar sin condiciones; amor puro, sin porqué, amor no por miedo al castigo ni esperanza de recompensa y que encuentra en el solo amor al Amado su razón de ser. Lo contrario es el amor mercenario, amor vendido que no merece el nombre de amor.

Dios mío. Cuantos bienes me hayas reservado
en este mundo, dáselos a tus enemigos,
y cuanto me hayas reservado en el otro,
dáselo a tus amigos,
porque a mí, Tú me bastas.

Râbi'a supo expresarlo de manera excepcional, y su formulación se extendería hasta llegar a impregnar la mística cristiana: sólo Dios basta, que dirá más tarde Teresa de Jesús.

Este amor sin condiciones tiene sin embargo su condición, debe dejar fuera todo lo que no es Dios. No quiere el Paraíso, sino al Dios del Paraíso; no necesita la *Kaaba*, sino al Señor de la *Kaaba*; no los dones, sino al Dador, pues paraíso, dones y *Kaaba* pueden convertirse en impedimentos, en ídolos alzados frente a Dios.

Se cuenta que, en cierta ocasión, Râbi'a corría por una calle de Basora con una antorcha en una mano y un cubo de agua en la otra; cuando le preguntaron el porqué de su actitud, respondió que quería quemar el Paraíso y apagar el fuego del Infierno, para que se amara a Dios por puro amor, sin intereses mezquinos. Y, en efecto, en última instancia, preocuparse por algo, por santo que parezca, que no sea el Dios único, es, para Râbi'a, una forma de idolatría. Y esto lo extenderá a todas las esferas de la vida, llevando al extremo la aceptación de todo lo que le pudiera acontecer, expresando de ese modo su confianza absoluta (*tawwakul*) en Dios y rechazando poner su esperanza en ninguna criatura. A quien ama con tal amor se le revela Dios en su Belleza, ¿qué sentido tiene entonces infierno o paraíso?

Dios mío, si te adoro por miedo al infierno,
quémame en él.

Si te adoro por la esperanza del paraíso,
exclúyeme de él.
Pero si te adoro sólo por Ti mismo,
no apartes de mí Tu eterna Belleza.

La senda del amor se recorre apartando todos los velos, uno a uno, orientándose hacia lo único absolutamente real, y es necesario reconocer y desenmascarar los impulsos. La afirmación del *tawhîd*, es decir, de la unidad y unicidad de Dios, supone la búsqueda de la unificación, y, para ello, es preciso un ascetismo que insiste en la interiorización: el desapego, la renuncia, el conocimiento descarnado de sí mismo; es hacer verdadero en uno mismo el hadiz atribuido al Profeta Muhammad: morid antes de morir. No obstante, esta muerte es un verdadero renacer, desnudamiento de todo lo accesorio, sin elementos doloristas, porque, como dice Kalâbâdhî, se quema quien sufre el fuego, pero quien es fuego, ¿cómo se quemará? Y así la describe 'Attâr, como fuego: «Velada con el velo de la sinceridad, ardiendo con el fuego del amor y el deseo, sedienta de la Proximidad, perdida en la unión con Dios [...] ésa fue Râbi'a».

Râbi'a transforma la ascesis en camino, apartando todos los obstáculos, pero sus ojos se dirigen sólo a la luz. No encuentra a Dios como «el fondo de sí misma»: den-

tro de sí encuentra la carencia, la necesidad, lo que le falta. Esa carencia, conocida y reconocida con lucidez, se convierte en su riqueza mayor, en anhelo, en un deseo que nada tiene que ver con los deseos —en plural— mundanos, pero deseo que también habrá de purificarse, despojándose de todo lo que no sea Dios, pues incluso el deseo de Dios se acaba convirtiendo en velo. Sobre ello volverá Râbi'a repetidas veces en los Dichos: «Tú tienes un deseo —escuchará en una ocasión— y Yo tengo un deseo, pero Mi deseo y tu deseo no pueden convivir en un solo corazón», y en el «Canto de los dos amores» dibujará de manera precisa el lugar que ocupa el amor de deseo en el camino, distinguiéndolo del amor puro:

Te amo con dos amores,
un amor hecho de deseo
y el otro, el digno de Ti.

El amor hecho de deseo me hace recordarte a cada instante,
despojándome de todo lo que no eres Tú.

El amor digno de Ti
aparta de mis ojos los velos para verte.

A partir de estos versos, Louis Massignon establece la continuidad desde Râbi'a a al-Hallâj y su audaz expresión de la unión mística que le supuso la condena a muer-

te. La observación es oportuna porque, sin entrar a analizar lo que realmente pudiera afirmar ese gran musulmán al que Massignon, tal vez cristianizándolo en exceso, denominó «mártir del amor», introduce en el delicado terreno de la interpretación. Resulta muy difícil trasladar sin más las categorías específicas de una tradición a otra, y algunas no tienen traducción posible; esto es especialmente cierto en este caso, el de Râbi'a (y el de la espiritualidad islámica en general), cuando se habla de mística y de unión proyectando muy frecuentemente las categorías cristianas de la mística nupcial o, incluso, haciendo una lectura advaitizante. Sin llegar a ese punto, conviene recordar que tampoco se pueden aplicar a sus palabras las concepciones que más tarde pudieran desarrollar al-Hallâj (858-922) o Rumî (1207-1273), ambos posteriores. Râbi'a dice lo que dice, y aunque la lectura esté siempre abierta, los dichos y poemas que se le atribuyen no dejan resquicio alguno a una lectura panteísta, ni el amor divino que tan ardientemente canta da paso a ninguna «fusión»; quien esté familiarizado con el Corán y los hadices los encontrará casi en cada línea de sus textos. Râbi'a fue una practicante fiel del Islam, como, por otra parte, lo fueron siempre los verdaderos sufíes.

La senda sufí exige una renuncia y una purificación constantes; el ahondamiento, que no la eliminación, de

las formas religiosas. Avanza de etapa en etapa hacia las estaciones más altas, hasta lograr el conocimiento mayor al que se puede aspirar, la *ma'rifa*, es decir, la gnosis celestial, el conocimiento de Dios, la contemplación de la Belleza suprema. Ese conocimiento será siempre un don que ningún esfuerzo humano puede comprar, aunque, para recibirlo, el ser humano haya de poner en juego todo lo que tiene, y todo lo que es. En esta vía, toda supuesta obra del adorador es siempre obra de Dios. Quien imagine haber llegado sin cumplir lo establecido, «ha sido rechazado de la aceptación de Dios que imagina haber ganado» (Hujwîrî).

A partir del Corán y los hadices se va estableciendo el *tasawwuf*. Sobre la misma base, se erige la teología, o ciencia del *kalâm*, que se diversifica en múltiples escuelas, produciéndose también uno de los males mayores de cualquier religión: el literalismo, que originó numerosas víctimas, entre ellas al-Hallâj. No obstante, teología y sufismo, aun combatiéndose con frecuencia, se ayudan mutuamente, pues la «ciencia de la Palabra de Dios», con el apoyo de la razón, es necesaria para librar del extravío y la ilusión; igualmente, la experiencia espiritual enriquece y ahonda, al plantear los temas fundamentales con que se encuentra, los límites de la teología. Se ignora a menudo que muchos sufíes importan-

tes fueron teólogos y doctores de la ley, como, por ejemplo, al-Ghazâlî, que cita a Râbi'a como una de las mayores maestras del *tasawwuf* y comenta, precisamente, los versos de «los dos amores»; para él, el sufismo es el conocimiento más alto, «el cuarto grado del *tawhîd*». Exponiendo el tema del «amor digno de Ti», precisa el objetivo del gnóstico en un desarrollo que es casi paráfrasis de distintos dichos y poemas de Râbi'a: «Aunque el gnóstico fuera arrojado al fuego, no lo sentiría [...], y si ante él se extendieran los favores del Paraíso, no se volvería hacia ellos [...]. Pues quien conoce a Dios, sabe que todas las alegrías (excepto los deseos sensuales) están incluidas en esa alegría».

El cuarto grado del *tawhîd* de que habla al-Ghazâlî es, tal vez, uno de los puntos que pueden resultar más problemáticos. En él, dice Ghazâlî, «no se ve en la existencia más que Uno solo; es la contemplación de los justos, y los sufíes lo llaman la extinción en la reducción a la unidad». Esta extinción o aniquilación (*fanâ'*) del ego o alma carnal (*nafs*) encuentra su apoyo en el sentido sugerido en Corán 55, 26-27: «Todo aquel que está sobre la tierra es perecedero, mientras que la faz de tu Señor, majestuosa y noble, es eterna». Los sufíes se inspirarán también en el hadiz del Profeta: «Cuando amo a Dios, soy el oído por el que Él oye, la mirada por la que Él ve,

la mano con la que Él toca, el pie con el que Él anda, la lengua con la que Él habla».

* * *

La extinción del alma carnal supone un camino arduo, que Râbi'a recorre con una sinceridad absoluta. Su única aspiración es Dios, nada más. Dios es su único objetivo; su única satisfacción, la satisfacción del Amado divino. En su amor está implícita la necesidad de la renuncia: sólo quitando lo que se interpone entre uno mismo y Dios se puede contemplar, sin velos, la Belleza, sólo vaciándose de lo transitorio se hace sitio al Eterno. Ése es el sentido del ascetismo, liberarse de todo lo accesorio para centrarse en lo único que importa, no asociar nada a la única Realidad. Se trata de dejar fuera deseos y preocupaciones para entregarse en una confianza absoluta a la Divinidad, confianza que entraña la aceptación incondicional de su voluntad, pero una aceptación activa, muy lejos de cualquier resignación fatalista, de modo que la voluntad individual pueda llegar a identificarse con la Voluntad divina. Así, y según una antigua definición, sufí es el que nada posee y no es poseído por nada: sólo está sometido a Dios, sólo depende de Dios y es, por tanto, enteramente libre.

El amor de Râbi'a era absoluto, no había lugar para ningún otro pensamiento, para ningún otro amor, y en

esta libertad nacida del amor vivió entregada por completo al Amigo, considerándose «propiedad de Dios». Según las anécdotas recogidas en los Dichos, Râbi'a recibió numerosas ofertas de matrimonio, que rechazó una tras otra: «El matrimonio vale para quien puede escoger; en cuanto a mí, no soy dueña de mi vida, pertenezco a mi Señor y vivo a la sombra de Sus mandamientos». «Mi existencia está en Él y soy completamente Suya. Hazle a Él la petición.» «A Él sólo deseo, sólo a Él adoro, y no quiero apartar mi atención de Él ni un solo instante.» Esa atención exclusiva a Dios, su recuerdo constante, la rememoración continua (*dhikr*), pueden conducir a la contemplación del Amado, como expresa el siguiente hadiz *qudsî*[6]: «Desde el momento en que la preocupación dominante de mi servidor es acordarse de Mí, Yo hago que halle su gozo y su felicidad en ese recuerdo. Y cuando he puesto su gozo y su felicidad en este recuerdo, él Me desea y Yo le deseo. Y cuando él Me ama y Yo le amo, Yo alzo los velos entre Mí y él... Ellos no me olvidan cuando los demás lo hacen».

---

[6] Hadiz *qudsî*, sentencia recogida en origen del Profeta y en la que Dios habla en primera persona. Más tarde, con la aparición del sufismo, serán transmitidos por sufíes en el transcurso de sus experiencias místicas. Este hadiz concreto fue transmitido por Hasan al-Basrî.

No obstante esta entrega incondicional, y si nos atenemos a sus palabras, Râbi'a experimentó «la unión» tan sólo durante breves momentos de su vida, pero su lucidez le hizo ser siempre consciente de lo que la separaba de la verdadera realización. Sabía sin embargo, como supieron y saben todos los espirituales del Islam, que la amante no debe dejar nunca la puerta del Amado.

Y así, al final de su vida, esperaba anhelante la muerte, a la que consideraba «un puente entre amigos», «la que une al amante y al Amado». Se cuenta que, cuando algunos maestros fueron a visitar su tumba, la oyeron exclamar: «¡Qué hermoso lo que sucedió! Hice lo que debía hacer, y encontré el camino recto. ¡Sólo Dios es sabio!».

Se dice que tenía casi noventa años cuando murió.

Una tradición velada

También en Europa fue conocida. En el siglo XIII, Joinville, canciller de Luis IX que acompañó al rey en la séptima cruzada, trajo noticias de ella: contaba que un dominico «que hablaba el sarraceno» había encontrado a una anciana «con una escudilla llena de fuego en la mano derecha y un frasco lleno de agua en la izquierda» para quemar el paraíso y extinguir el fuego del infierno, re-

ferencia clara, aunque desplazada en el tiempo, a Râbi'a y a la anécdota, recogida por Aflâkî y, desde él, tantas veces repetida, alusiva a la doctrina del amor desinteresado y sin condiciones que tan ardientemente profesara. Sin embargo, el recuerdo que de ella se guardaba en tierras europeas la convertía en una buena cristiana, y así, en el debate sobre el «puro Amor» que recorrió Francia en el siglo XVII, Râbi'a desempeñará un papel importante; en 1640, Jean-Pierre Camus, obispo de Belley, escribe una obra de setecientas páginas[7] en la que defiende la memoria de esta «santa mujer» que representa para él la «verdadera Caridad», opuesta a «la esperanza mercenaria de los que buscan el paraíso de Dios y olvidan al Dios del paraíso». En el libro aparece un grabado que muestra a una mujer vestida con atuendo oriental y llevando un cubo de agua en una mano y una antorcha en la otra. Fenelon y Bossuet se referirán también a ella, y su figura asomará de vez en cuando en círculos sospechosos de quietismo, aunque no sólo, pero olvidando según parece su origen musulmán y siempre como ejemplo

---

[7] J. Joinville, *Le livre des saintes paroles et de bons faits de notre saint roi Louis*, París, 1928, págs. 160-162; tomo la referencia del artículo de Michel Chodkiewicz «La sainteté féminine dans l'hagiographie islamique».

destacado de la amante mística y de su entrega incondicional al Amado divino.

Se transmite así una imagen que, aunque ensalzada, olvida su origen y deja de lado aspectos importantes. Nadie en Occidente negaría en la actualidad el origen musulmán de Râbi'a de Basora, aunque con frecuencia se siga insistiendo y se resalte únicamente su aportación fundamental del amor Divino, a menudo con toques sensibleros, ignorando la fuerte personalidad que emerge de sus dichos y su carácter fundamental de maestra. Quedan no obstante dos puntos que, a mi modo de ver, merecen ser tenidos en cuenta.

Por una parte, como señalé anteriormente, subrayar la excepcionalidad de Râbi'a puede servir de coartada para mantener la invisibilidad de todas las demás mujeres que pueblan el universo islámico, creando así una imagen falseada que poco tiene que ver con una realidad mucho más rica y fecunda. Por otra, cuando esa realidad se reconoce parece obligado recurrir a otra referencia, el sufismo, como único modo posible de explicar la proliferación de mujeres en el mundo de la espiritualidad musulmana. Tópico sobre tópico. Tal vez habría que empezar por reconocer humildemente lo poco que podemos saber de mundos tan distantes, y, a partir de ahí, tratar de conocerlos, cuidando siempre de no lanzar una

mirada de superioridad cargada de prejuicios, aunque, lamentablemente, no podamos lograr nunca la objetividad completa. En cualquier caso, resulta sorprendente la cantidad de nombres que nos han llegado, nombres cuidadosamente recogidos y transmitidos durante siglos, y todos los que, sin duda, quedan por aparecer, pues existen todavía muchos documentos perdidos u olvidados.

Es evidente que encontraremos, y encontramos, textos claramente misóginos, pero no más que en otras religiones o en otras culturas; tal vez menos, pues, a diferencia, por ejemplo, de judaísmo y cristianismo, no se encuentra en el Islam esa concepción de un pecado original en el que Eva tendría un papel protagonista. Por otra parte, en el Corán, Dios se dirige a menudo a los creyentes, hombres y mujeres, por igual; por ejemplo, Corán 7, 71: «Pero los creyentes y las creyentes son amigos unos de otros. Ordenan lo que está bien y prohíben lo que está mal»; o «Al creyente, varón o hembra, que obre bien, les haremos revivir para una vida excelente» (16, 97). «Dios ha preparado perdón y magnífica recompensa para los musulmanes y las musulmanas, los creyentes y las creyentes, los devotos y las devotas, los sinceros y las sinceras, los pacientes y las pacientes, los humildes y las humildes, los que den y las que den li-

mosna, los que ayunan y las que ayunan, los castos y las castas, los que recuerdan y las que recuerdan mucho a Dios» (33, 35), y otras aleyas.

La inclusión de las mujeres aparece de manera clara en la mayoría de los maestros sufíes, si bien a menudo con el matiz peculiar, que podemos encontrar también en el gnosticismo cristiano, de considerar «hombre» a todo el que se adentra en la senda espiritual, aunque sea mujer. Así, por ejemplo, dirá 'Attâr:

«Los santos profetas —la paz sea con ellos— han dicho: "Dios no mira vuestras formas".Lo que cuenta no es la imagen, sino la intención del corazón, como ha enseñado el Profeta: "Los hombres serán reunidos y juzgados según su intención" [...]. Cuando una mujer camina en la senda de Dios como un hombre no puede ser llamada mujer.»

Y, citando a Abbâs al-Tûsî, continúa:

«Cuando, el Día de la Resurrección, se nos llame diciendo: "¡Hombres, venid!, la primera en adelantarse en el rango de los hombres será María, la madre de Jesús —la paz sea con ella—. Si ese Día ella no estuviera entre los hombres, entonces dejaría la reunión.» «El significado de esta verdad es la igualdad de mujeres y hombres en la santidad; no hay diferencia entre los místicos en la Unidad del ser Divino. En esta Unidad, ¿qué queda de la

existencia del yo y el tú? Y entonces, ¿cómo podría haber todavía hombre y mujer?»

Por su parte, Jâmî cuenta que alguien le preguntó: «¿Cuántos son los 'Abdâl (sustitutos, Amigos de Dios)?». Él respondió: «Cuarenta almas». Y cuando le preguntaron por qué no había dicho «cuarenta hombres», su respuesta fue: «Porque también hay mujeres entre ellos».

* * *

Se podrían multiplicar las citas, como también, por supuesto, citar ejemplos a contrario, pero hacer victimismo no es el mejor camino para rescatar la memoria. Porque lo que sí parece cierto es que, al menos en los primeros siglos de la hégira, las mujeres vivían en el centro del espacio público, participando plenamente en la vida de la comunidad, y así, en el Islam primero encontramos a Jadiya, «la mejor de las mujeres», primera esposa de Muhammad, y a su hija Fátima; está también 'Â'isha, la esposa más joven del Profeta, a la que se remontan numerosos hadices, seguidas por las «elegidas entre los Compañeros» [del Profeta], así como otras mujeres del entorno, totalmente entregadas a Dios y de las que se cuenta que incluso participaron en campañas guerreras, como Umm Haram, de la familia de Muhammad, que murió en el curso de una batalla (649).

Además, y ya desde el principio, las mujeres desempeñaron papeles importantes en la historia del Islam: sus nombres aparecen en las cadenas de transmisión de los hadices proféticos, forman parte del linaje espiritual de los calígrafos, son ensalzadas como gnósticas y poetas, sin olvidar a las mujeres gobernantes, y a las que aparecen como amigas, maestras y discípulas de grandes espirituales musulmanes, como Fátima de Nishapur, maestra de Bâyazîd al-Bistâmî y Dhû'n-Nûn al-Misrî, a la que as-Sulamî dedica encendidos elogios; Sha'wâna (s. II/VIII), «que vivía en al-Ubulla [...] Predicaba y recitaba el Corán a la gente. A sus sesiones acudían ascetas, espirituales, adoradores, todos lo que estaban cerca de Dios, y los maestros de los corazones y de la abnegación»; Al-Wahatiyya Umm al-Fadl (c. IV-V/X), «única en su discurso, su conocimiento y su estado espiritual. Era compañera de la mayor parte de los maestros espirituales de su tiempo [...]. El shaykh e imam Abû Sahl Muhammad ibn Sulaymân acudía a sus sesiones de enseñanza y escuchaba sus lecciones, como hacían también un grupo de shaykhs sufíes, como Abû al-Qâsim ar-Râzî, Muhammad al-Farrâ, 'Abdallâh al-Mu'allim (el Maestro), y otros de su generación», o Fátima bint al-Muthanna (s. XIII e. c.), a la que Ibn 'Arabî ensalza como maestra y sitúa entre las grandes mujeres ascetas de Córdoba.

La lista sería interminable, pues se recogieron sus nombres, muchos nombres, que se fueron transmitiendo de generación en generación, y todavía en el siglo X/XVI se seguían estableciendo sus genealogías. Importantes no sólo en el sufismo, sino en la espiritualidad y la sociedad musulmana en general, resultaría imposible escribir una historia del Islam sin contar con ellas, aunque poco a poco, con el transcurrir del tiempo, se fuera asistiendo a su apartamiento a la esfera privada, en lo que algunas investigadoras musulmanas designan como «la gran ocultación» [Nelly Amri] y otras «una tradición velada» [Rkia E. Cornell].

Aunque la postura con respecto a las mujeres fuera ambivalente, ya no es posible dudar de la elevada posición que llegaron a alcanzar en ese universo religioso. Las palabras del Corán, que no se presenta como novedad, sino como recuerdo de lo olvidado, fueron llamada a un camino de conocimiento y de libertad, memoria del Pacto Primordial que urgía a reunirse con Dios y contemplar su Belleza. Nunca se insistirá bastante en la importancia de la Belleza en el Islam, esa Belleza eterna que fascinaba a Râbi'a y que es una de las claves de su actitud de sumisión y rebeldía, audacia y ternura características también de tantas espiri-

tuales[8]. La experiencia de la belleza divina instaura una actitud ética y estética que, a su vez, se ve sobrepasada, pues es éxtasis, es decir, salida y olvido de uno mismo, y, al tiempo, respeto, reverencia y adoración ante la hermosura de lo contemplado.

Dice Dorotea Sölle, gran teóloga cristiana, que ninguna religión ha expresado el descentramiento de sí con tanta osadía y ardor como hicieron los sufíes, osadía y ardor que encontramos ciertamente en Râbi'a al-'Adawiyya y sus compañeras. Única o no, sabemos que su influencia fue determinante en el desarrollo del sufismo y ocupa un lugar de excepción como maestra y santa musulmana; sus dichos y sus poemas fueron repetidos una y otra vez por las generaciones posteriores, y en ella se inspiraron los principales pensadores espirituales, pero su figura no quedó relegada al ámbito de los especialis-

---

[8] Desde muy pronto, las mujeres sufíes cantaron extasiadas la Belleza divina; ejemplo clásico es Zahrâ' al-Wâliha, gnóstica absolutamente cautivada por la hermosura de Dios. Se cuenta que cayó muerta tras hacer esta invocación: «¡Oh, Tú, el infinitamente Bello, aleja de mí el mal que pueda encontrar, pues hostil me es la vida!». Su madre, aun llena de tristeza, alabó a Dios «por haber honrado así a mi hija», y explicó al atónito Dhû'n-Nûn: «Desde hace veinte años, los hombres la han tenido por loca; pero, en verdad, la ha matado su deseo de Dios».

tas: todavía hoy, en países musulmanes, se dice con total normalidad de una mujer, a manera de alabanza, «es una segunda Râbi'a».

A ella, a ellas, iban dirigidos los versos citados por Maulânâ 'Abdu'r-Rahmân, conocido como Jâmî. Versos de admiración, si cabe más significativos por proceder de alguien que, como se puede apreciar en las líneas iniciales, nunca se mostró demasiado favorable a las mujeres.

Si todas las mujeres fueran como las que he mencionado,
las mujeres serían preferibles a los hombres.
Pues el género femenino no es vergüenza para el sol[9]
ni el masculino un honor para la luna.

MARÍA TABUYO ORTEGA

---

[9] En árabe, sol pertenece al género femenino, y luna al masculino.

DICHOS Y CANCIONES

Se cuenta que, al caer la noche, Râbi'a subía a la terraza de su casa para orar; allí, envuelta en su velo, hablaba así con Dios:

—Dios mío, todo ha quedado en silencio y quietud, los amantes están con sus amadas.

Yo estoy aquí, sola contigo.

Luego, tras la oración vespertina, conversaba con Él, diciendo:

—Dios mío, las estrellas centellean en el firmamento, los ojos duermen, rendidos por el sueño; los reyes cerraron sus puertas y los amantes se retiran, entregados al amor.

Y yo permanezco aquí, entre tus manos.

Después se abismaba en la oración hasta la aurora. Cuando nacían las primeras luces, decía:

—Dios mío, la noche ha pasado y el día despunta luminoso.

Si supiera que has aceptado mi noche, rebosará mi alegría,

mas si la has rechazado sabré resignarme.

Por tu gloria estaré en vela y oraré mientras me mantengas en la vida.

Sí, por tu gloria, aunque me arrojaras lejos de Ti, no me alejaría un solo paso,

pues Tu amor habita en mi corazón».

Luego cantaba:

¡Oh mi alegría, mi deseo y mi refugio,
mi compañero, mi amparo en el camino,
oh mi objetivo!
Eres el espíritu de mi corazón.
Tú eres mi esperanza,
mi confidente, mi Amigo.

Mi anhelo de Ti es mi única riqueza,
mi ardiente deseo, todo mi sustento.
Si no fuera por Ti, oh vida de mi vida,
no habría vagado de un lado para otro
por la inmensidad del país.

¡Cuántas gracias me han sido reveladas,
cuántos dones y favores tienes Tú para mí!

Tu amor es mi único deseo, Tu amor es mi delicia,
la luz que sacia mi sediento corazón.
No me alejaré de Ti mientras viva,

no hay lugar para mí sino Tú,
que haces florecer el desierto.
Tú eres el único dueño de mi corazón.

Si en mí encuentras contento,
¡oh anhelo de mi corazón!,
desbordaré de alegría.

* * *

Se preguntó a Râbi'a cómo había logrado su altura espiritual; ella respondió:

—Repitiendo siempre estas palabras:

Dios mío, me refugio en Ti para resguardarme
de todo lo que me separa de Ti,
para resguardarme de todo lo que me distrae de Ti
y se interpone entre Tú y yo.

* * *

Se cuenta que Râbi'a peregrinó a La Meca. Cuando vio la *Kaaba*, exclamó:

—Éste es el ídolo que se adora en la tierra. Dios no entró nunca en él. Pero nunca lo ha dejado.

* * *

—¿Quién nos hará ver a nuestro Amado? —suspiraba un día Râbi'a.

—Nuestro Amado está siempre con nosotros —le contestó su sirvienta—, pero el mundo nos separa de él.

* * *

Al-Thawrî[10] dijo un día a Râbi'a:

—Todo pacto tiene sus condiciones, toda fe su verdad. ¿Cuál es la verdad de tu fe?

Râbi'a contestó:

—No le amo ni por miedo al Infierno ni por la esperanza del Paraíso. Si así hiciera, sería como un mal servidor que trabaja cuando tiene miedo o cuando espera recompensa. Le adoro tan solo por amor y por mi deseo ardiente de Él.

* * *

Un día que estaba sentado junto a Râbi'a, al-Thawrî dijo:

---

[10] Sufyân al-Thawrî (714-778) aparece en todas las biografías de Râbi'a como gran amigo y visitante asiduo de su casa. Gran autoridad en las tradiciones del Profeta, se le consideraba «el príncipe de los creyentes de los hadices».

—Enséñanos las maravillas que Dios te ha revelado.

Râbi'a le respondió:

—Dichoso tú si no amaras al mundo.

Y, sin embargo, al-Thawrî era asceta y sabio. Pero ella pensaba que escrutar las palabras del Profeta y las cosas que interesan a los hombres era ya el primer paso hacia el mundo.

* * *

Un día, la gente vio a Râbi'a corriendo apresurada con una antorcha en una mano y un cubo de agua en la otra; le preguntaron:

—Señora del Otro mundo, ¿adónde vas? ¿Qué andas buscando?

Y ella contestó:

—Voy al cielo. Quiero prender fuego al Paraíso y apagar el fuego del Infierno.

Así, Infierno y Paraíso desaparecerán y sólo quedará Aquel al que se busca.

Entonces pensarán en Dios sin esperanza ni temor y, de este modo, Le adorarán verdaderamente.

Pues, si no existiera la esperanza del Paraíso ni el temor al Infierno,

¿acaso no adorarían al Veraz? ¿No le obedecerían?

¿No le amarían a Él solo por Él solo?

* * *

Un día, alguien preguntó a Râbi'a:

—Soy un pecador, mis faltas y mis desobediencias son muchas, pero, si me arrepiento, ¿Dios me perdonará?

Râbi'a le contestó:

—No. Sólo si Dios te perdona primero tú te arrepentirás [11].

* * *

Ga'far ibn Salim [12] nos contó:

Un día, Râbi'a le dijo a Sufyân:

—No eres más que una suma de días. Cuando un día se va, con él se va una parte de ti. Y cuando una parte se va, no tardará en irse todo. No te digo nada que no sepas: pues bien, ¡actúa!

---

[11] Cf., por ejemplo, Corán 9, 118: «Luego Él se volvió a ellos con misericordia para que pudiesen arrepentirse. Ciertamente, Dios es Quien acepta el arrepentimiento, Él es el Indulgente, el Misericordioso».

[12] Espiritual del siglo II de la hégira.

* * *

Sahf ibn Mansûr nos ha transmitido esto:

Un día, entré en casa de Râbi'a cuando estaba abismada en adoración.

Al darse cuenta de mi presencia, levantó la cabeza, y he aquí que el lugar en que se encontraba parecía estar inundado por el agua de sus lágrimas.

La saludé. Ella se acercó y me dijo:

—Hijo, ¿qué buscas?

—He venido a saludarte —respondí.

Entonces ella, rompiendo en sollozos, exclamó:

—¡Ocúltame en Ti, Dios mío. Ocúltame en Ti!

Murmuró algunas invocaciones y de nuevo se abismó en la oración.

* * *

—Aunque toda la tierra perteneciera a un solo hombre, no por ello sería más rico.

—¿Por qué? —le preguntaron.

—Porque también la tierra perecerá[13].

---

[13] Corán 55, 26.

* * *

Cuando pedimos perdón, primero debemos hacernos perdonar nuestra falta de sinceridad al pedir perdón.

* * *

Unos cuantos se dedicaban a maldecir este mundo; Râbi'a les oyó y dijo:

—El Profeta ha dicho: *Quien ama una cosa, la recuerda continuamente.*

Que os acordéis tanto del mundo sólo muestra la vanidad de vuestro corazón. Si estuvierais verdaderamente perdidos en Aquel que es distinto al mundo, ¡no tendríais de éste ni siquiera el recuerdo!

* * *

Un espiritual nos ha contado esto.

Había invocado a Râbi'a y ella apareció en mis sueños, y dijo:

—Tus dones nos llegan en bandejas de luz cubiertos con velos de luz.

* * *

Se cuenta que Râbi'a estaba enferma. Cuando se le preguntó la causa, respondió:

—Esta noche, poco antes del alba, mi corazón deseaba el Paraíso. Y Dios me ha enviado esta prueba para inducirme al temor.

* * *

Otro día Sufyân le preguntó:

—Râbi'a, ¿qué desea tu corazón?

—Sufyân —respondió ella—, ¿cómo un hombre tan sabio como tú hace esas preguntas?

Dios sabe que desde hace doce años deseo dátiles maduros, y éstos no faltan en Basora... Sin embargo, he estado sin comerlos hasta hoy.

No soy más que una servidora, no me es dado seguir las inclinaciones de mi corazón. Si deseara contra Su voluntad sería una ingrata.

* * *

Un día, cuando Râbi'a iba en camino hacia La Meca, estando sola en el desierto, exclamó:

—¡Dios mío, mi corazón se turba ante tantas maravillas!

Pero yo soy arcilla, la *Kaaba* tan solo una piedra. ¡Y anhelo ver tu rostro!

Entonces, escuchó una voz de lo alto:

—Oh Râbi'a, no sabes lo que pides. Si Me manifestara al universo tal cual soy, todo quedaría aniquilado. ¿Serías tú capaz de soportarlo, quieres causar tal destrucción? Cuando Moisés quiso ver Nuestro rostro, lanzamos sobre el monte tan solo un átomo de luz, y él cayó fulminado[14]. Conténtate con Mi Nombre.

* * *

Se cuenta también que cuando estaba ya próxima a La Meca, todavía en pleno desierto, vio que la *Kaaba* se acercaba a recibirla.

—¡No necesito la *Kaaba* —dijo Râbi'a—, sino al Señor de la *Kaaba*! ¿Para qué quiero la *Kaaba*? No me ale-

---

[14] Corán 7, 143: «Cuando Moisés acudió a Nuestro encuentro y su Señor le hubo hablado, dijo: "¡Señor! ¡Muéstrate a mí, que pueda contemplarte!" El Señor le contestó: "¡No Me verás! ¡Mira, en cambio, la montaña! Si continúa firme en su sitio, entonces Me verás". Pero, cuando su Señor se manifestó al monte, lo pulverizó y Moisés cayó al suelo fulminado».

gra su belleza. Mi único deseo es encontrar a Aquel que dijo: «Al que se acerque a Mí un solo palmo, Yo me acercaré un codo».

* * *

Ibrâhîm ibn Adham[15] iba también en peregrinación a La Meca. Había tardado catorce años en atravesar el desierto, porque, a cada paso, hacía dos genuflexiones y oraba; por eso, se decía a menudo: «Otros hacen este camino con los pies, yo, sin embargo, camino con la frente».

Cuando por fin, tras tantos años pasados en la vía, se hallaba cerca de La Meca, descubrió aterrado que la *Kaaba* no estaba en su lugar. Dijo entonces, llorando:

—¡Ay de mí! ¿Qué ha sucedido? ¿Me habré quedado ciego, pues no puedo ver su imagen luminosa?

Entonces escuchó una voz, que le decía:

—Oh Ibrâhîm, no estás ciego. La *Kaaba* no está aquí, ha ido al encuentro de una mujer que viene de camino.

Ibrâhîm quedó conmocionado y gritó:

—¿Quién es ella?

---

[15] Príncipe de Balkh convertido al sufismo por una voz celestial mientras cazaba, murió en 776, siglo II de la hégira, en combate en Siria.

Salió corriendo y vio a Râbi'a, que se acercaba apoyada en un bastón; vio también que la *Kaaba* volvía a su lugar. Con lágrimas de resentimiento en los ojos, le dijo:

—¡Oh Râbi'a! ¿qué has hecho? ¿A qué tanto trastorno? Conmocionas al mundo, todos hablan de ti, y las gentes de Dios dicen: «La *Kaaba* ha ido al encuentro de Râbi'a».

—¡Oh Ibrâhîm! ¡Tú sí que conmocionas al mundo! Todos hablan de ti. ¡Has tardado catorce años en llegar hasta aquí! Y la gente dice: «Ibrâhîm se detiene a cada paso para hacer la oración» —respondió ella.

—Es cierto, contestó él, que tardé catorce años en atravesar el desierto, pues me arrodillaba a cada paso y decía la oración. Pero, al llegar, no pude ver la *Kaaba*: ¡La casa de Dios prefirió ir a tu encuentro! ¿Cuál es tu obra, Râbi'a, cómo llegaste a donde estás?

—Ibrâhîm, tú has venido aquí con la oración, yo he venido con mi indigencia.

Más tarde, Râbi'a lloró desconsoladamente, visitó la *Kaaba* y habló a Dios de esta manera:

—¡Oh Dios mío! Tú nos has prometido recompensa por la peregrinación y por soportar con paciencia la desdicha y las pruebas. Si mi peregrinación no ha sido válida ante Ti, será una desdicha para mí; pero, entonces, ¿cuál será mi recompensa por soportar esa desdicha?

Después, emprendió el viaje de regreso a Basora.

Al año siguiente, se dijo: «Ya que el año pasado la *Kaaba* vino a mi encuentro, este año seré yo quien vaya a la *Kaaba*».

* * *

El emir Muhammad ibn Sulaymân al-Hâshimî[16], hombre riquísimo que gozaba de una renta diaria de ochenta mil dirhams, escribió un día a los notables de Basora pidiéndoles que buscaran, entre las mujeres de la ciudad, una esposa adecuada para él. Todos pensaron en Râbi'a, y así se lo indicaron. Entonces él le dirigió su petición de matrimonio, exponiéndole también las ventajas que ella podría obtener si aceptaba esa unión. Râbi'a le escribió rechazando la petición, pero añadía:

—Gracias primero por tus nobles intenciones, pero lejos de mí aceptar tal distracción. El bienestar del cuerpo se consigue olvidando los bienes de este mundo; desearlos sólo procura angustia y tristeza. Hermano mío, prepara un final dichoso a tu vida, y encamínate ligero al encuentro de tu Señor. Sé tú mismo el administrador de

[16] Emir abasida de Basora desde el 145 de la hégira, murió en 172.

tu persona, y no tomes como consejeros a quienes se disponen a repartirse tu herencia. Ayuna y evita alimentarte de preocupaciones, que son el alimento de quienes tratan constantemente de prevenirse contra los caprichos del destino. Que tu único alimento sea el fruto de tus manos, y tu anhelo el camino espiritual; y deja que la muerte se encargue de romper tu ayuno.

En cuanto a mí, si Dios me concediera los bienes que a ti te ha otorgado, o incluso diez veces más, no encontraría ninguna satisfacción en alejarme, ni en lo que dura un abrir y cerrar de ojos, de mi Señor. A Él sólo deseo, sólo a Él adoro, y no quiero apartar mi atención de Él ni un solo instante. Sobre ti sea la paz.

* * *

'Abd al-Wahid ibn Zayd[17], célebre por su ascetismo y santidad, pidió la mano de Râbi'a. Ésta contestó:

—¡Hombre sensual, busca una mujer sensual como tú! ¿Acaso has visto en mí algún signo de deseo?

---

[17] Teólogo y predicador, partidario de la vida solitaria como vía hacia Dios y fundador de una de las primeras comunidades cenobíticas cerca de Basora, era renombrado por su ascetismo y la santidad de su vida; murió en 793.

* * *

Hasan al-Basrî[18] acostumbraba a visitar a Râbi'a, que era para él una auténtica madre espiritual. Cuando, una vez más, se enteró de su respuesta ante las propuestas de matrimonio, fue a verla y le preguntó:

—¿Cómo has llegado a ese desapego?

—Aniquilándome —contestó ella.

—Sí, ¡¿pero cómo?! —volvió a preguntar Hasan.

—¡Entre nosotros no existe el "cómo"! —replicó Râbi'a.

* * *

Se cuenta que, en cierta ocasión, algunos espirituales fueron a ver a Râbi'a y le pidieron encarecidamente que eligiera un hombre entre los sufíes de Basora y lo tomara por esposo. Ella dijo:

---

[18] Hasan al-Basrî (21/643-110/728) es la figura más importante del ascetismo musulmán, y está considerado como el «patriarca del misticismo islámico». La referencia a su relación con Râbi'a es un claro anacronismo, pues ella tendría entre diez y quince años cuando él murió, pero el interés de los recopiladores no es la exactitud histórica, sino la transmisión de una enseñanza y, en este caso además, exaltar la figura de Râbi'a.

—Bien, pero decidme primero quién es el más sabio, para que me case con él.

—Hasan —le respondieron.

Entonces la mujer se dirigió a él diciendo:

—Hasan, si puedes dar respuesta a cuatro preguntas que me inquietan, seré tu esposa.

—Pregunta, y si es voluntad de Dios, te responderé.

—¿Qué dirá el Juez del mundo cuando yo muera? ¿Me contará entre los verdaderos creyentes?

—Eso está oculto para mí, sólo Dios, el Todopoderoso, puede saberlo —respondió Hasan.

—Cuando en la tumba me interroguen Munkar y Nakir[19], ¿sabré responder?

—También eso me está oculto.

—El día de la Resurrección, ¿recibiré el libro en la mano derecha o en la izquierda?[20]

—También eso me está oculto.

---

[19] Los ángeles de la muerte, que visitan al musulmán en su tumba y le preguntan sobre su fe.

[20] El día de la Resurrección, Dios pesará en la balanza las acciones de los hombres; si las buenas acciones pesan más que las malas el creyente recibirá el libro de las obras en la mano derecha, mientras que el malvado lo recibirá en la izquierda.

—Y, por último, dijo Râbi'a, cuando llegue el día de la Resurrección y la humanidad sea convocada a la reunión, y los de la derecha sean llamados al Paraíso y los de la izquierda al Infierno, ¿en qué grupo me encontraré?

—También eso me está oculto, y nadie conoce lo que está oculto, salvo Dios, Suya es la gloria y la majestad.

Entonces dijo Râbi'a:

—Si eso es así, y si ésas son las preguntas que me inquietan, ¿cómo podría buscar esposo y dedicarme a él?

Y se cuenta que entonces cantó:

Oh Amado de mi corazón,
Sólo te tengo a Ti.
Ten piedad del pecador que va hacia Ti.

Oh mi esperanza, mi reposo, oh mi alegría,
El corazón no quiere amar a otro sino a Ti.

* * *

Mi reposo, oh hermanos, está en mi soledad,
y mi Amado está siempre conmigo.

Nada puede reemplazar al amor que siento por Él,
mi amor es mi suplicio entre las criaturas.

En todas partes donde contemplé su belleza,
Él ha sido mi mihrab *y mi* qibla[21].

Si yo muriera de este amor ardiente y Él no estuviera
[satisfecho,
¡esa pena sería mi desdicha en este mundo!

Oh médico del corazón, Tú, que eres todo mi deseo,
úneme a Ti con un lazo que cure mi alma.

¡Oh mi alegría, oh mi vida para siempre!
en Ti, mi origen, en Ti mi embriaguez.

He abandonado enteramente todo lo creado con la esperanza
de que me unas a Ti. Ése es mi único deseo.

* * *

Cierto día, cuando Râbi'a estaba buscando algunas ovejas extraviadas, pasó por la puerta de Hasan al-Basrî y notó que sobre su velo caían unas gotas de agua. Pen-

---

[21] El *mihrab* es el nicho que en la mezquita indica la dirección hacia la que se debe dirigir la oración. La *qibla* es la dirección de La Meca hacia la que se orienta el musulmán para orar.

sando que llovía, se detuvo para protegerse bajo un saledizo. Pronto percibió que aquello no era lluvia, y alzó los ojos tratando de ver de dónde procedía. En la terraza de su casa, Hasan lloraba amargamente. Ella dijo:

—Hasan, observa bien el origen de tus lágrimas. Si proceden de tu ego, contrólalas, pues las lágrimas de un hombre como tú deberían transformarse en un océano de sinceridad, y así tu corazón se podría encontrar «en una sede de Verdad junto a un Rey Todopoderoso»[22].

* * *

'Abd al-Wahid ibn 'Amir y Sufyân al-Thawrî fueron un día a visitar a Râbi'a. Cuando la vieron, experimentaron un gran temor reverencial, tanto por la luz que de ella se desprendía como por el sufrimiento que soportaba, y se quedaron prácticamente sin habla. Finalmente, Sufyân dijo:

—Râbi'a, pide a Dios que alivie tu dolor.

—¿Y quién me lo ha enviado? —murmuró ella.

—¡El Señor! —respondió él.

—Y si Dios quiere someterme a esta prueba, ¿cómo

---

22 Corán 54, 54-55: «Los temerosos de Dios morarán entre jardines y arroyos, en una sede de verdad junto a un potentísimo Monarca».

podría dirigirme a Él ignorando Su voluntad? La esencia del amor es la paciencia del amante ante los deseos del amado.

* * *

Se cuenta que una noche, cuando Râbi'a velaba en oración, le entró en el ojo una astilla de caña. Pero ella ni siquiera lo notó, tan profundamente estaba enraizado en su corazón el amor de Dios.

* * *

Te has adentrado completamente en mí,
de arriba abajo, sin dejar nada,
como sólo el Amigo puede hacerlo.
Por eso, cuando hablo, hablo de Ti,
y cuando callo, se aviva mi deseo de Ti.

* * *

Se cuenta que un día Râbi'a subió a la montaña, y un hato de animales salvajes, gacelas, ciervos y cabras montesas corrieron a su alrededor y permanecieron junto a ella sin ningún temor.

Más tarde, llegó Hasan al-Basrî, y todos los animales huyeron. Entonces, éste preguntó:

—¿Por qué huyeron al verme las gacelas? Antes parecían alegres y tranquilas junto a ti.

—Hasan, dijo ella, ¿qué has comido hoy?

—Un guiso sencillo con cebollas —contestó él.

—Si comes su grasa, ¿cómo quieres que no se asusten y huyan de ti?

* * *

Una mañana, cuando paseaba por las orillas del Éufrates, Hasan al-Basrî vio a Râbi'a sentada junto al río en plena contemplación. Lanzó entonces su alfombra sobre el agua, se sentó en ella y gritó:

—¡Râbi'a, ven conmigo! El Éufrates nos espera, hagamos aquí nuestra oración.

Râbi'a le miró respetuosamente, y respondió:

—Maestro, ¿es esto lo que quieres mostrar en el bazar de este mundo a los que no son de este mundo? Muéstranos más bien lo que el común de los mortales no puede realizar.

Después de decir esto, desplegó su alfombra de oración, la extendió delante de ella, subió encima, se elevó en el aire y le invitó a su vez:

—¡Vamos, Hasan! Aquí estamos en lugar seguro, lejos de las miradas de los curiosos.

El hombre se quedó pensativo. Râbi'a bajó de su alfombra y trató de consolarle; luego dijo:

—Maestro, lo que has hecho, también lo pueden hacer los peces; lo que yo he hecho, también las moscas lo saben hacer. Pero lo que en verdad importa es alcanzar un grado más elevado que aquel en el que ahora nos encontramos.

* * *

Contó una vez Hasan al-Basrî:

Estuve una vez una noche y un día enteros junto a Râbi'a, y hablamos con tal ardor de la vía espiritual y de los misterios del Veraz que olvidamos que yo era un hombre y ella una mujer.

Más tarde, cuando terminamos nuestra conversación, sentí que yo no era más que un pobre hombre y ella, por el contrario, una mujer llena de sabiduría y fervor.

* * *

Hasan al-Basrî preguntó a Râbi'a si pensaba contraer matrimonio. Ella respondió:

—El matrimonio vale para quien puede escoger. En cuanto a mí, no soy dueña de mi vida. Pertenezco a mi Señor y vivo a la sombra de sus mandamientos, mi persona no tiene ningún valor.

—¿Cómo has llegado hasta ahí? —preguntó él.

—Abandonándome al Todo.

* * *

Se recoge también esta otra versión:

Hasan dijo:

—Quiero casarme contigo.

Râbi'a respondió:

—El contrato matrimonial es para quienes tienen una existencia fenoménica. Aquí la existencia ha cesado, puesto que yo he dejado de existir y mi «ser» se ha desvanecido. Mi existencia está en Él, y yo soy completamente Suya, estoy bajo Su sombra. Hazle a Él la petición de matrimonio, no a mí.

* * *

—Tú —le dijo Hasan— conoces el porqué de las cosas, pero a nosotros no nos es dado conocerlo. Háblame de lo que se te ha revelado.

—Hoy —respondió Râbi'a— fui al mercado con dos rollos de cuerda; los vendí por dos monedas, para comprar comida. Cogí una moneda en cada mano; no quise ponerlas juntas no fuera a ser que me desviaran de la vía recta.

* * *

—¿De dónde vienes? —le preguntaron.
—Del otro mundo.
—¿Y adónde vas?
—Hacia el otro mundo.
—¿Y qué haces en este mundo?
—Me burlo de él.
—¿Cómo te burlas?
—Como su pan y hago las obras del otro mundo.

* * *

—Tú que estás tan dotada para la palabra, ¿sabes también guardar el lugar donde se atan los caballos?[23]

---

[23] Referencia al corazón, sede de las pasiones.

—Sí, en verdad —respondió ella—, de ese lugar soy la guardiana; pues nunca dejo escapar lo que está dentro de mí, y no permito que entre lo que está fuera.

* * *

Decía Râbi'a:

—Es imposible a la mirada distinguir las diferentes estaciones de la vía que lleva a Dios. Le es imposible a la lengua llegar hasta Él.

Por eso, ¡despierta tu corazón! Si tu corazón despierta, tus ojos verán el camino y llegarás fácilmente a la estación.

* * *

Se cuenta que, al llegar el verano, Râbi'a se retiraba a una casa aislada y no salía de ella jamás.

—Señora —le dijo un día su criada—, sal de la casa y ven a contemplar las maravillosas obras de Dios. Deja de languidecer por él.

—No —dijo Râbi'a—. Eres tú quien debe entrar aquí para ver al Creador, y sólo a Él. ¿Qué haría yo con todas las maravillas del mar y de la tierra cuando Él está aquí? ¿Qué haría yo con su creación? No me separes de Él,

pues la contemplación del Amado me impide contemplar las cosas creadas. Contempla tú si quieres las maravillas del mundo. ¡Mi oficio es contemplar la Omnipotencia del Creador!

* * *

Se cuenta que decía llena de tristeza:

—Dios mío, si Tú, el día de la Resurrección, decidieras enviarme a las llamas, ¡entonces yo revelaría un secreto capaz de alejar de mí el fuego por mil años!

* * *

Se cuenta que Râbi'a dijo:

—Dios mío, si en el día de la Resurrección Tú me enviases al Infierno, yo gritaría:

Señor, ¡a mí que tanto te amé, me envías a las llamas! ¿Es así como tratas a tus enamorados?

Entonces escuchó una voz que decía:

—¡Râbi'a, no pienses mal de Nosotros! pues te hemos hecho un lugar entre Nuestros amigos para que puedas gozar de Nuestra compañía.

* * *

Decía Râbi'a:

¡Oh Dios mío!
Cuantos bienes me hayas destinado en este mundo,
dáselos a tus enemigos,
y cuanto me hayas reservado en el otro mundo,
dáselo a tus amigos.
Porque a mí, Tú me bastas.

* * *

Râbi'a repetía a menudo:

¡Oh Dios mío!
Si te adoro por miedo al infierno,
quémame en él.
Si te adoro por la esperanza del paraíso,
exclúyeme de él.
Pero si Te adoro sólo por Ti mismo,
no apartes de mí tu Eterna Belleza.

* * *

Sufyân al-Thawrî nos contó:

Estaba yo una noche con Râbi'a. Rezó hasta el alba, y también yo recé. Cuando amaneció, dijo:

—¡Ahora, ayunemos! Debemos dar gracias por las oraciones que hemos hecho esta noche.

* * *

Hasan al-Basrî nos contó:

Fui a casa de Râbi'a hacia el mediodía. Tenía en el fuego una olla con carne, pero cuando empezamos a hablar del conocimiento de Dios, dijo:

—Esta conversación es mejor que cualquier comida —y dejó de atizar el fuego.

Pasaron las horas, llegó el crepúsculo, y al terminar la oración de la noche Râbi'a sirvió agua y algo de pan duro; fue luego a vaciar la olla y he aquí que la carne estaba perfectamente guisada, gracias al cuidado de Dios, y desprendía un aroma exquisito. La comimos, y nunca he probado nada con mejor sabor.

* * *

Râbi'a se apareció en un sueño. Se le preguntó qué había respondido a Munkar y a Nakir, los guardianes del otro mundo, cuando se había encontrado ante ellos. Ella contestó:

—Munkar y Nakir vinieron a mí y me interrogaron, diciendo: ¿Quién es tu Señor?

A lo que yo les respondí:

—Ángeles, id y decid a Su Majestad Dios: ¡Cómo! ¡Entre todos Tus servidores ordenas que se me interrogue, a mí, una anciana! Yo soy aquella que no ha conocido a nadie más que a Ti. ¿Acaso te he olvidado una sola vez para que envíes así a Munkar y Nakir a hacerme esas preguntas?

* * *

Said ben Uthman nos contó lo siguiente:

Estaba yo con Dhû'n-Nûn al-Misrî[24] —Dios lo tenga en su misericordia— en la tierra de perdición de los

---

[24] Dhû'n-Nûn al-Misrî (*c.* 180/796-245/859), considerado por algunos maestros sufíes como «padre de la mística», fue, según la tradición, el primero en formular la noción de *ma'rifa*, conocimiento intuitivo de Dios, o gnosis, derivado de la experiencia espiritual y no de la erudición. Su encuentro con Râbi'a es un anacronismo, pues sería todavía un niño cuando ésta murió.

hijos de Israel. Y vimos que alguien se acercaba. Dije a mi compañero:

—Maestro, viene alguien.

—Mira quién es —me respondió—. Sólo un amigo de Dios puede poner los pies en este lugar.

Fui a ver y constaté que era una mujer.

—Es una mujer —le dije— una amiga de Dios, ¡por el Señor de la *Kaaba*!

Él se dirigió hacia ella y la saludó. Ella le dijo:

—¿Conviene a los hombres saludar a las mujeres?

—Soy tu hermano, Dhû'n-Nûn. No se podría sospechar de mí.

—¡Sé bienvenido! —dijo entonces ella—. ¡Dios te dé la paz!

Él le preguntó qué le había impulsado a ir a ese lugar, y ella respondió:

—Un versículo del Libro de Dios —gloria y poder a Él—, de su Palabra: «¿Es que la tierra de Dios no era lo suficientemente vasta como para que pudierais emigrar?[25]».

Entonces él le pidió que le describiera el amor:

—¡Dios mío —dijo ella—, tú lo conoces, pues hablas con palabras de sabiduría! ¿Y me preguntas a mí?

---

[25] Corán 4, 97.

—A quien pregunto, debe responder —insistió él.
Entonces ella cantó:

Te amo con dos amores,
un amor hecho de deseo
y el otro, el digno de Ti.

El amor hecho de deseo me hace recordarte a cada instante,
despojándome de todo lo que no eres Tú.

El amor digno de Ti
aparta de mis ojos los velos para verte.

Ni por uno ni por otro merezco alabanza,
y por uno y por otro, ¡alabanza a Ti!

* * *

Decía Râbi'a:
—Toda cosa lleva su fruto. El fruto del saber y del conocimiento es aproximarse a Dios.

* * *

Le preguntaron un día:
—¿Cuál es para el servidor el mejor medio de acercarse a Dios?

Ella dijo:

—En este mundo y en el otro, no buscar nada sino a Él.

* * *

Se le preguntó a Râbi'a en qué momento el servidor de Dios se encuentra en un estado de abandono:

—Cuando la desgracia le alegra tanto como la felicidad —contestó.

* * *

Azhar ibn Harun nos ha transmitido esto.

Rahâb al-Qaysî, Sâlih ibn 'Abd al-Gâlil y Kilâb fueron a casa de Râbi'a y empezaron a hablar de cosas de este mundo, censurándolas. Râbi'a dijo entonces:

—Veo el mundo en vuestro corazón, con sus mejores pastos de primavera.

—¿Qué te hace pensar eso de nosotros? —preguntaron asombrados.

—Habéis puesto vuestros ojos en lo que se halla más cerca de vuestro corazón, y de ello habláis.

* * *

Ja'far ibn Suleyman nos ha transmitido esto.

Sufyân Thawrî me cogió de la mano y dijo:

—Ven a ver a aquella que me guía. Si la dejase, no encontraría a nadie más de quien fiarme.

Cuando entramos en su casa, Sufyân levantó la mano y exclamó:

—Dios mío, te pido la salvación.

Entonces Râbi'a se puso a llorar.

—¿Por qué lloras? —preguntó Sufyân.

—Eres tú quien me hace llorar.

—¿Por qué?

—¿Acaso no sabes que la salvación consiste en abandonar las cosas de este mundo? ¿Y cómo lo podrías hacer tú, que estás tan manchado de él?

* * *

Estando un día con Râbi'a, al-Thawrî lanzó un profundo suspiro y dijo:

—¡Ay, qué tristeza!

—¡No mientas! —exclamó ella—, di mejor, «¡qué falta de tristeza!». Si verdaderamente estuvieses triste, no te alegraría tanto la vida.

* * *

Preguntaron a Râbi'a qué pensaba del amor. Y ella respondió:

—Entre el amante y el amado no hay distancia. Ni palabras. Hay solamente lo que dice la nostalgia, lo que describe el gusto.

Quien ha gustado ha conocido, pero quien ha descrito no se describe.

En verdad, ¿cómo puedes describir una cosa cuando en su presencia te aniquilas, en su existencia te disuelves, en su contemplación te deshaces, en su pureza te embriagas?

¿Cuando, curado de ella, abandonado a ella, estás colmado, y gozoso a causa de ella ardes de amor?

La grandeza hace que la lengua enmudezca. La perplejidad impide al cobarde expresarse.

Los celos hurtan las miradas a las criaturas. El asombro prohíbe a la mente toda certeza.

No hay entonces sino asombro continuo, sorpresa incesante, corazones errantes, secretos ocultos, cuerpos agotados. Y el amor, con su poder inflexible, gobierna los corazones.

¡Oh, ten piedad de los enamorados!
Su corazón se ha extraviado en el laberinto del amor,
y llega el día de su resurrección.

Sus almas se mantienen en pie, colmadas de favores,
a la espera del Paraíso de una unión perpetua
o del Infierno del alejamiento eterno de los corazones.

* * *

—Oh Râbi'a —le preguntaron— tú que sobresales en las cosas del amor, ¿por qué se te dio ese nombre?[26]

El lugar de reposo es único, ¿de dónde viene entonces esa multiplicidad?

—Oh hombres —respondió ella—, la armonía es la condición de la amistad.

He mirado al Profeta del deseo y del temor hasta que bebió el océano del amor.

Entonces le vi en la caverna decir a su amigo*: *¡No estés triste! ¡Dios está con nosotros!*

¿Qué piensas de esos dos si, con ellos, el tercero es Dios?

---

26 Râbi'a significa en árabe «la cuarta».

* Corán 9,40.

Me acerqué a la soledad de la caverna en actitud de total fidelidad. Pero desde el interior, los celos gritaron:

¿Quién es esta enamorada temerosa que se ha quitado la máscara y, sin nosotros, no encontró la alegría?

* * *

Mi copa, mi vino, mi anfitrión, son Tres.
Y yo, que voy en busca del amor, la Cuarta.

Quien sirve el vino llena la copa
una y otra vez de gracia y de alegría.

Si soy mirada, no me veo más que por Él.
Si soy presencia, me veo siempre con Él.

¡Oh tú que me censuras, yo amo Su belleza!
Por Dios, mis oídos no escuchan tu reproche.

¡Cuántas noches con mi pasión y mis penas,
mientras fluían de mis ojos ríos de lágrimas!

Ninguna de mis lágrimas ha subido de nuevo.
Y mi unión con Él no duró.

Mi ojo herido no duerme jamás.

* * *

Un día, cuando Râbi'a se encontraba en amistad con Dios, Ahmed la oyó hablar así:

Te he puesto en mi corazón como mi confidente.
He ofrecido mi cuerpo a quien quiera sentarse junto a mí.

A ése, mi cuerpo presta compañía.
Pero Aquél a quien amo es el compañero de mi corazón.

* * *

Y también, cuando se encontraba en el temor de Dios, Râbi'a decía:

Débil es mi corazón, incapaz de llevarme a término.
¿Es ello la causa de mi llanto o lloro por el camino,
[demasiado largo?
Oh, objetivo de mi deseo, ¿me quemarás con tu fuego?
¿Dónde está mi esperanza en Ti, dónde mi temor?

* * *

Preguntaron un día a Râbi'a cómo amaba al Profeta, sobre él sea la paz.

—Le amo —respondió— con un gran amor, pero mi amor al Creador me ha separado del amor a las criaturas.

* * *

Râbi'a se dio un golpe en la cabeza y empezó a sangrar. Pero ni siquiera se inmutó.

—¿No sientes el dolor? —le preguntaron.

—La preocupación de conformarme a la voluntad de Dios en todo lo que sucede me impide sentir eso que vosotros veis.

* * *

En cierta ocasión, oyó proclamar a un lector del Corán:

—Ese día, los moradores del Jardín tendrán una ocupación feliz[27].

—¡Desdichados los habitantes del Paraíso! —suspiró Râbi'a—, ¡ellos y sus mujeres!

---

[27] Corán 35, 55; las aleyas siguiente dicen: «Ellos y sus esposas estarán a la sombra, reclinados en divanes. Tendrán allí frutas y todo lo que deseen...»

* * *

Un sabio de Basora fue a visitar a Râbi'a y comenzó a hablarle de las alegrías de este mundo.

—Es evidente —le dijo Râbi'a— que te gusta este mundo. Pues quien aprecia una cosa se refiere a ella con frecuencia. Si verdaderamente has renunciado al mundo, ¿por qué te preocupas tanto de sus alegrías y desgracias?

* * *

Se cuenta que en una de sus conversaciones íntimas con Dios, Râbi'a le preguntó un día:

—Dios mío, ¿verdaderamente podrías quemar en el fuego a un corazón que Te ama?

Y en su interior se elevó una voz que dijo:

—¡No, seríamos incapaces de hacerlo! ¡No pienses contra nosotros pensamientos tan malvados!

* * *

Decía Râbi'a:

¡Oh, Dios mío! El mayor tesoro de mi corazón es
[Tu recuerdo,
la esperanza del encuentro que nunca me abandona;

mi palabra más dulce, Tu oración.
Si en este mundo Tú eres mi único deseo,
¿podré vivir en el otro sin Tu visión?
Dios mío, sólo a Ti dirijo mi lamento,
pues soy como extranjera en Tu país
y una solitaria entre Tus adoradores.

* * *

Râbi'a le dijo un día a Sufyân:

—¡Serías un hombre extraordinario si no desearas el mundo!

—¿Por qué piensas que lo deseo? ¿En qué lo deseo? —preguntó él.

—En los dichos y hechos del Profeta —respondió ella—. ¡En los hadices está tu deseo del mundo!

* * *

Sembró, pero sobre sus semillas cayó una plaga de langostas. Entonces Râbi'a rogó:

—Dios mío, encárgate tú de mi pan cotidiano.

Según tu voluntad, alimentas tanto a tus enemigos como a tus santos.

Y a estas palabras, las langostas se fueron como si nunca hubieran estado allí.

* * *

«[28] Nunca he escuchado la invitación a la oración, decía, sin acordarme de Aquel que anunciará el día de la resurrección. Nunca he mirado la nieve sin acordarme del día en que se desplegarán los rollos[29]. Nunca he mirado a los saltamontes sin acordarme de la Reunión[30].»

* * *

Râbi'a preguntó un día a al-Thawrî:

—¿Qué es para ti la generosidad?

—Para los hijos de este mundo —respondió él— es dar abundantemente de los propios bienes. Para los hijos del otro mundo, es darse abundantemente ellos mismos.

—No, te equivocas —dijo ella.

---

[28] Al-Sulamî recoge un dicho prácticamente idéntico que atribuye a Râbi'a bint Isma'il de Siria.

[29] Referencia a Corán 81, 10 ss.: «Cuando los rollos sean desplegados...». En los rollos están escritas las obras de los seres humanos; los buenos recibirán la lista de sus acciones en la mano derecha, los malos en la mano izquierda.

[30] Referencia al día del juicio. Cf., por ejemplo, Corán 18, 99: «Ese día dejaremos que unos y otros se entremezclen. Se tocará la trompeta y los reuniremos a todos».

—¿Qué es entonces para ti?

—Es servirle por amor, sin esperar por ello ventaja ni recompensa ninguna.

* * *

Se cuenta que la sirvienta de Râbi'a estaba preparando un plato aliñado con aceite, pero no tenía cebolla.

—Voy a pedir cebolla a la vecina —dijo—. Vuelvo enseguida.

A esto, saltó Râbi'a:

—Hace ya cuarenta años que tengo el compromiso con Dios de no pedir nada a nadie, salvo a Él. Si no tenemos cebolla, qué le vamos a hacer...

En ese momento apareció un pájaro llevando una cebolla, que dejó caer. La sirvienta la cogió, la peló, la cortó en trozos y la echó a la sartén.

Pero Râbi'a no comió del guiso y se contentó con un trozo de pan. Tras un momento, dijo[31]:

—Los hombres no deben dejarse seducir por las artimañas del diablo.

---

[31] En otra versión, se ponen estas palabras en boca de Râbi'a: «¡No la toques! ¿Acaso mi Señor es un comerciante de cebollas?». Y aquel día comieron sin cebollas.

* * *

Se cuenta que Râbi'a envió a Hasan al-Basrî estas tres cosas: cera, una aguja y un cabello. Y mandó al mensajero que le dijera:

«Hasan, arde como esta vela, e ilumina a los hombres.

Comienza por estar desnudo como esta aguja, y solamente entonces entrégate a la acción.

Cuando hayas hecho esas dos cosas, hazte tan fino [imperceptible] como este cabello si quieres que tu esfuerzo no haya sido en vano».

* * *

Alguien preguntó a Râbi'a:

—¿Ves a Aquél al que adoras?

—Si no le viera —respondió—, no podría adorarle.

* * *

Decía también:

—El fruto de la ciencia espiritual es apartar el rostro de lo creado para volverlo hacia el Creador.

Pues no hay más conocimiento que el conocimiento de Dios.

* * *

Le preguntaron un día:

—Râbi'a, ¿amas a Dios?

—Verdaderamente le amo —respondió.

—Y Satanás, ¿es para ti un enemigo?

—No —contestó—. Amo tanto a mi Señor, el Compasivo, que el amor a Dios no deja espacio alguno para el odio a Satanás.

* * *

Se cuenta que Râbi'a vio un día en sueños al Profeta. Éste le preguntó:

—Râbi'a, ¿me amas?

—¿Quién no te ama? —respondió ella—. Pero el amor de Dios me posee de tal forma que no queda lugar en mi corazón para amar u odiar a nadie más.

* * *

Decía Râbi'a:

—Debo dar gracias por mi temor a ser recompensada.

* * *

Se cuenta que Râbi'a vio a un hombre con la cabeza vendada y le preguntó:

—¿Por qué te has vendado la cabeza?

—Porque me duele —respondió él.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta.

—Y en tus treinta años de vida, ¿has estado sano o enfermo?

—Más bien sano.

—Cuando estabas sano, nunca te vendaste la cabeza para mostrar que estabas bien, ni dabas gracias a Dios por ello, y ahora, por un pequeño dolor, ¡te quejas y te vendas de ese modo!

* * *

Se cuenta que Râbi'a se quejaba amargamente.

—¿Por qué lloras? —le preguntaron— ¿Cuál es tu mal?

—¡Ay! La enfermedad que sufro ningún médico la puede curar, ni hay remedio humano que la alivie. La única medicina es la visión de Dios, y mi único alivio es la esperanza de verle, exaltado sea Él, en el más allá.

* * *

Se cuenta que un grupo de personas devotas fue a ver a Râbi'a. Ésta, preguntó a una de ellas:

—Dime, ¿por qué sirves a Dios?

—Por temor al infierno —respondió.

—Por temor al infierno y deseo del Paraíso —dijo otra.

Râbi'a entonces exclamó:

—¡Qué mal servidor el que sirve a Dios por la esperanza de entrar en el Paraíso o por temor a las llamas!

¿Si no hubiera ni paraíso ni infierno, no serviríais a vuestro Dios?

Los devotos preguntaron a su vez:

—¿Y tú, por qué adoras a Dios?

Ella respondió:

—Yo le adoro por Él mismo. ¿No me basta que en su gracia me ordene adorarle?

* * *

Se cuenta también esta otra versión:

Algunos ancianos fueron a ver a Râbi'a, y ésta preguntó a uno de ellos:

—¿Por qué adoras a Dios?

Él dijo:

—Hay siete grados en el Infierno que son una fuente de espanto para mí, y todo el mundo debe pasar por ellos, con espanto y terror.

Otro dijo:

—Las diferentes esferas del Paraíso son lugares de rara delicia y se ha prometido gran reposo.

Entonces Râbi'a replicó:

—Es un mal servidor quien adora a Dios por miedo y terror, o por el deseo de recompensa, pero hay muchos de ésos.

Ellos le preguntaron:

—¿Por qué adoras tú a Dios? ¿No deseas el Paraíso?

Y ella respondió:

—El Vecino primero, la Casa después. ¿No me basta que se me permita adorarle? Aunque cielo e infierno no existieran, ¿no nos corresponde obedecerle? Él es digno de adoración por Sí mismo.

* * *

Se cuenta también que unos hombres piadosos, admirados por su sabiduría y santidad, fueron a visitarla. Al ver que se sus ropas eran casi jirones, dijeron:

—Mucha gente te ayudaría gustosa si les pidieras ayuda.

Pero ella contestó:

—Me avergonzaría pedir algo, por pequeño que fuere, de los bienes de este mundo, pues los bienes del mun-

do no pertenecen a nadie, quien los tiene, los tiene solamente como préstamo.

Entonces los visitantes se dijeron:

—¡Verdaderamente esta mujer tiene palabras de sabiduría!

Enseguida le preguntaron:

—Dios ha coronado la cabeza de sus Amigos y les ha prodigado la gracia de los milagros. Sin embargo, ninguna mujer ha accedido jamás a ese rango, ¿cómo lo has conseguido tú?

Râbi'a les contestó:

—Es cierto lo que decís. Pero el orgullo, la mentira y la absurda pretensión de divinidad jamás tuvieron su origen en una mujer. No fue una mujer la que corrompió a otra mujer.

* * *

Contó Hasan al-Basrî:

Un día fui a ver a Râbi'a, pues estaba enferma, y un comerciante me pidió que intercediera ante ella para que se dignara aceptar una bolsa de oro que él quería entre-

garle. Antes de que pudiera decir una sola palabra, ella me habló así:

—Hasan, sabes como yo que Dios, exaltado sea, da lo que necesita incluso al que no se postra ante Él; ¿cómo entonces se lo negaría a quien sólo vive por Él y muere de amor por Él? Dios sostiene a todas Sus criaturas, también a quien le ofende; ¿y no va a sostener a quien Le ama? En mi amor, busco apartar mi rostro de todo lo creado; siendo esto así ¿cómo puedo aceptar el dinero de un hombre sin ni siquiera saber si es lícito o no?

Después añadió:

—Un día, pusieron en la lámpara un poco de aceite de la casa del sultán. Remendé mi túnica desgarrada a la luz de aquella lámpara, pero mi corazón quedó durante días lleno de tinieblas. Sólo cuando deshice el remiendo se iluminó de nuevo. Discúlpame ante ese hombre y dile que se vaya.

* * *

Se cuenta que un rico mercader fue a visitar a Râbi'a. Viendo que su casa estaba casi en ruinas, le dio mil dirham de oro y una casa nueva. Todavía no se ha-

bía trasladado a ella y, sin embargo, se sorprendió fantaseando con todos sus adornos. Devolvió inmediatamente casa y dinero al mercader, diciendo:

—Temo que mi corazón se apegue de tal modo a esta casa que eso me impida entregarme a la obra del amor. Mi único deseo es dedicarme a la adoración de Dios.

* * *

Se cuenta que Hasan al-Basrî fue un día con dos amigos a ver a Râbi'a, y pronto empezaron a conversar sobre la sinceridad de la intención.

Hasan dijo:

—No es sincero en la súplica quien no sufre con paciencia los golpes de su Señor.

—Eso es una ilusión —dijo Râbi'a.

—No es sincero en la súplica quien no se siente agradecido por los golpes de su Señor —dijo otro.

—Hay algo mejor —dijo Râbi'a.

—No es sincero en la súplica quien no se siente gozoso con los golpes de su Señor —dijo otro.

—Hay algo mejor —repitió Râbi'a.

—Dilo, pues —la apremiaron todos.

—No es sincero en la súplica —dijo Râbi'a— quien no olvida los golpes ante la visión de su Señor, como hi-

cieron las mujeres de Egipto, que olvidaron los cortes de sus manos cuando vieron el rostro de José[32].

* * *

Preguntaron a Râbi'a:

—¿Qué es el amor?

Ella dijo:

—El Amor vino de la Eternidad y va hacia la Eternidad, y no se ha encontrado en los setenta mil mundos que quien bebiera una sola gota de su dulzura no quedara absorbido en Dios. De ahí procede la frase: «Él los ama y ellos Le aman»[33].

* * *

---

[32] Corán 12, 30-31: «Algunas mujeres decían en la ciudad: La mujer del poderoso acosó a su mancebo. Está locamente enamorada de él. Sí, vemos que está verdaderamente extraviada... Cuando ella oyó sus murmuraciones, envió a por ellas y les preparó un banquete, dando a cada una de ellas un cuchillo, y dijo a José: "Sal donde están ellas". Y cuando ellas le vieron, se quedaron tan absortas y maravilladas de su belleza que olvidaron lo que estaban haciendo y se cortaron en las manos, y dijeron: "¡Santo Dios! ¡Éste no es un mortal, sino un ángel maravilloso!"».

[33] Corán 5, 59.

A veces, durante la noche, Râbi'a hablaba así con Dios:

—Dios mío, tus criaturas duermen, las estrellas brillan en la noche y los pájaros callan en sus nidos.

Las puertas de los reyes están cerradas, guardadas por esbirros.

Pero Tu puerta está siempre abierta a quien Te necesita.

* * *

Cuenta Hujwîrî:

Se dice que un hombre mundano dijo a Râbi'a:

—Pídeme lo que necesites y yo te lo daré.

Y Râbi'a respondió:

—Siento vergüenza de pedir cosas mundanas a Aquel a quien pertenezco, ¿cómo podría pedir algo a quien no pertenezco?

* * *

El emir de Basora quiso tomar a Râbi'a por esposa, y le envió recado diciendo:

—Te ofrezco una renta de diez mil dinares.

Y ella le respondió:

—No deseo que seas mi servidor, ni que todo lo tuyo sea mío; menos aún, que ni un solo instante me distraigas de Dios.

* * *

Se cuenta que una enfermedad hizo que Râbi'a abandonara su recitación nocturna del Corán, que pasó a hacer durante el día. Dios le devolvió la salud, pero durante un tiempo, y dado que se sentía muy débil, descuidó el retomar sus oraciones nocturnas. Poco después tuvo un sueño:

Una noche, mientras dormía, me pareció en el sueño que era llevada a un jardín muy verde y de una belleza inigualable. Cuando me acercaba, maravillada por tanta hermosura, vi un pájaro verde y a una joven doncella que lo perseguía, como si quisiera cogerlo. Y la belleza de la joven me distrajo de la demás belleza, y le dije:

—¡Qué lugar tan hermoso!, pero, dime, ¿por qué quieres coger ese pájaro? ¿Qué quieres hacer con él? Déjalo libre; verdaderamente nunca he visto un pájaro más bello.

La joven me miró y me preguntó:

—¿Quieres ver un lugar más hermoso que éste?

Respondí que sí. Entonces me cogió de la mano y me llevó ante un palacio maravilloso. La doncella llamó a la puerta, y abrieron. Nos vimos entonces inundadas de luz. Me dijo: «Entra», y entré en aquella casa, con la mirada asombrada ante tanto fulgor, ante tanta belleza; no he vis-

to en este mundo nada igual. Ante nosotras apareció una puerta que daba a un jardín; ella corrió hacia él y yo la seguí. Vi allí a un grupo de sirvientas, con rostros como perlas y varas de aloe en sus manos. Cada una de ellas sostenía una bandeja deslumbrante de luz. Sólo Dios, el Todopoderoso, sabe de dónde venían aquellas criaturas.

La doncella preguntó:

—¿Qué buscáis?

—Buscamos a una sierva del Señor, que ha muerto en el mar como mártir. Pasaba las noches en vela, siempre en adoración. Vamos a ungirla con perfume —respondieron.

La doncella habló de nuevo, señalándome con un ademán:

—¿Y no ungís a esta mujer?

—Lo hacíamos antes —dijeron—. El delicado perfume de esta gracia divina la seguía a donde quiera que fuese, pero ella misma la abandonó.

—Entonces —dijo Râbi'a— la doncella retiró su mano de la mía, se acercó a mí y dijo:

Tu oración era luz, tu adoración, descanso.
Tu sueño, el enemigo mayor de tu oración.
La vida, una oportunidad dichosa que has descuidado,
una ocasión que, si la ignoras, acabará pasando,
[desvaneciéndose.

Entonces desapareció ante mis ojos, y yo me desperté al despuntar la aurora. Al recordar, me pregunté si no se habría tratado de una confusión de la mente, de un fantasma del alma.

Cuando Râbi'a terminó de contar su sueño, cayó inconsciente, y su sirvienta decía que, después de esa visión y hasta el día de su muerte, nunca más volvió a dormir durante la noche.

* * *

Nos contaron que Râbi'a al-'Adawiyya, había contado a su vez:

Una noche estaba alabando a Dios con las oraciones del alba cuando me adormecí. Y vi un árbol de un color verde brillante, de una belleza y una altura incomparables. En este árbol había tres clases de frutas que no se parecían en absoluto a las frutas de este mundo, y del tamaño del seno de una virgen: frutas blancas, rojas y amarillas, que resplandecían como las estrellas del cielo en las verdes ramas del árbol. ¿A quién pertenecerá este árbol? Pensé admirada.

Entonces escuché una voz que me decía:

—Es tuyo, es el árbol de tus oraciones.

Asombrada, comencé a caminar alrededor del árbol y he aquí que en el suelo había dieciocho frutas, del color del oro, y dije:

—Sería mejor que esta fruta estuviera también en el árbol.

Y la voz respondió:

—En efecto, tendría que estar allí, pero sucede que tú, cuando ofrecías tus alabanzas, te pusiste a pensar: "¿Habrá levado la masa?", y la fruta cayó.

Me desperté sobrecogida por lo que había visto.

Esto es una advertencia y una exhortación para quienes son piadosos y adoran a Dios.

* * *

Sufyân preguntó en una ocasión a Râbi'a:

—¿Qué debe hacer el servidor que desea la proximidad de su Señor?

Rabia'a contestó:

—Que el servidor no quiera poseer nada en este mundo ni en el otro, salvo a Él.

* * *

Ésta es la historia de cómo Râbi'a aprendió a abandonar todos los deseos mundanos para poder entregarse a Dios a cada instante. La recoge 'Attâr.

Se cuenta que en una ocasión, Râbi'a estuvo ayunando siete días y siete noches, sin comer ni dormir en absoluto, abismada en la oración. Cuando se encontraba ya al límite de sus fuerzas, alguien llegó a su casa y le llevó algo para comer. Ella cogió la comida y fue a encender la lámpara; en ese momento, un gato aprovechó su descuido y se lo comió todo, dejándola sin nada. Decidió entonces romper su ayuno con agua, y fue a buscar una jarra. Cuando regresó, la lámpara se había apagado; quiso beber en la oscuridad, pero la jarra se le cayó de las manos y se rompió en mil pedazos. Râbi'a estalló en lamentos y suspiró tan hondo que parecía que la casa se incendiaba. Y dijo:

—Oh, mi Señor, ¿qué estás haciendo conmigo?

Y escuchó una voz que decía:

—¡Ten cuidado! Si lo deseas, te daré todos los placeres de este mundo, pero, entonces, arrancaré de tu corazón tu solicitud por mí, pues esa solicitud y los placeres de este mundo no pueden morar juntos. Râbi'a, tú tienes un deseo y Yo tengo un deseo, pero Mi deseo y tu deseo no pueden convivir en un mismo corazón.

Ella dijo:

—Al escuchar esta advertencia, separé mi corazón de las cosas mundanas y eliminé de tal modo mis esperanzas terrenales que durante treinta años he rezado siempre como si la oración que rezaba fuera mi última oración, y me he separado de las criaturas de manera que, al romper el día, por miedo a que cualquier cosa pueda distraerme de Él, digo siempre: «Oh Señor, hazme entrar en mí de manera que nada me distraiga de Ti».

* * *

Cuenta también 'Attâr que, cierto día, Mâlik Dinâr[34], uno de los muchos amigos y admiradores de Râbi'a, fue a visitarla y la encontró tendida en una vieja estera de juncos, con un ladrillo como almohada y un cántaro desportillado con el agua para beber y hacer su abluciones. Impresionado por lo que veía, dijo:

—Tengo amigos ricos y, si lo deseas, les pediré algo para ti.

Ella respondió:

[34] Mâlik Dinâr murió en 744/127, es decir, no pudo conocer a Râbi'a en su ancianidad, que es cuando se sitúa esta anécdota. En cualquier caso, nunca fue pretensión de los espirituales la exactitud cronológica, sino el testimonio que apunta hacia la Realidad mayor.

—¡Oh, Mâlik, qué equivocado estâs! ¿Acaso no es el mismo Dios quien me da a mí y a ellos nuestro pan cotidiano?

—Así es —contestó Mâlik.

—¿Acaso olvida Él al pobre a causa de su pobreza, o recuerda al rico por sus riquezas?

—No —replicó él.

—Puesto que Él conoce mi situación —dijo entonces Râbi'a— nada tengo que recordarle. Su voluntad debe ser también la nuestra. Por mi parte, no deseo nada del mundo.

* * *

Decía Râbi'a:

—Pido perdón a Dios por mi falta de sinceridad cuando digo «pido perdón a Dios».

* * *

Dijo en una ocasión Râbi'a:

—Quien ama a Dios llorará y se lamentará hasta que encuentre reposo en el Amado.

* * *

Râbi‘a solía repetir:
—Nuestra petición de perdón necesita a su vez que Dios la perdone...

* * *

Preguntaron a Râbi‘a:
—¿Es grande tu deseo del Paraíso?
Ella respondió:
—El vecino antes que la casa.

* * *

Dijo un día Râbi‘a:

El gemido y el anhelo ardiente del enamorado de Dios no quedan satisfechos hasta que encuentran su reposo en el Amado.

* * *

Decía a veces a quien le pedía consejo:

Si dices que amas a Dios y no aceptas Su voluntad, eres un rebelde contra Dios.

Y también:

Te rebelas contra Dios y finges amarle.
Por mi fe que es extraño.
Si tu amor fuera sincero, harías Su voluntad,
Pues el enamorado obedece siempre al Amado.

El verdadero enamorado busca la intimidad.

* * *

Preguntaron a Râbi'a:

—¿Cuál es tu mejor obra?

—Todo lo que he hecho, lo tengo en nada —contestó—. Quiera Dios que mis obras no cuenten en contra mía.

* * *

Cuenta Hammâd que, cierto día, fue con unos amigos a visitar a Râbi'a, y uno de ellos comenzó a hablar del mundo. Entonces ella comentó:

—¿Qué sentido tienen tus palabras? Se debe hablar de lo que realmente existe, no de cosas que no son nada.

* * *

Râbi'a solía rezar diciendo:

—Oh Dios mío, sabes que perdono a todo el que pueda ofenderme. Haz Tú que me perdone todo aquel al que yo ofenda.

* * *

Cuenta al-Jâhiz que Râbi'a temía incluso la reputación de santidad, por miedo a que ésta la llevara a regodearse en sí misma en vez de pensar en su Señor. Refiere que alguien preguntó:

—Râbi'a, ¿has realizado alguna obra maravillosa por la que se te pueda considerar santa?

Y ella contestó:

—Si hubiera alguna, no estaría tranquila, pues viviría en el temor de que no fuera aceptada o de que yo pudiera obtener de ella algún provecho.

Decía también:

—Oculta tus buenas acciones igual que ocultas las malas.

* * *

Se cuenta que una noche Râbi'a rezó de este modo:
—Dios mío, hazte presente en mi oración y aleja así las insinuaciones de Satanás[35], o, por Tu gracia, acoge siempre mi oración, aun con sus insinuaciones.

* * *

Un día, la oyeron decir:

Oh, Dios mío, lo único que me ocupa,
mi único deseo en este mundo,
más allá de todo lo creado,
es Tu recuerdo.
Y, en el otro mundo, el anhelo del encuentro,
poder estar sólo contigo.
Ése es mi afán, pero Tú, haz Tu voluntad.

* * *

En una ocasión, Râbi'a dio tres dirhams a un hombre para que le comprara un manto que necesitaba. Nada más salir, el hombre regresó a preguntarle:

---

[35] Corán 20, 120: «Pero Satanás le insinuó el mal [a Adán]». Cf. 20, 114.

—Señora, ¿qué color prefieres?

Râbi'a respondió:

—Todavía no hemos comprado el manto y ya es fuente de problemas; anda, devuélveme el dinero.

Y cogiendo las monedas las arrojó al Tigris.

* * *

En otra ocasión, alguien le preguntó por qué se había desprendido de su casa; Râbi'a dijo:

—Para dejar lo que no me interesa y poderme así dedicar al Único que es Eterno.

* * *

Se cuenta que, al volver de la peregrinación a La Meca, Râbi'a vio cómo su montura se debilitaba y caía inerte al suelo. Los otros viajeros quisieron ayudarla, pero ella respondió:

—No fue precisamente con vosotros con quienes contaba al venir. Mi confianza está en Dios, así que continuad el camino y no os preocupéis por mí.

La caravana siguió, pues, su camino, y Râbi'a se quedó sola. Entonces se dirigió a Dios, diciendo:

—Dios mío, ¿es así como los reyes tratan sus servidores débiles e impotentes? Tú me invitaste a ir a Tu casa ¡y ahora, en medio del desierto, dejas morir a mi montura y yo me quedo sola en este lugar!

En ese mismo momento la montura recobró la vida y se levantó; Râbi'a la cargó de nuevo y continuó su camino.

* * *

Mientras Râbi'a dormía, entró un ladrón en su casa. Encontró un cofre con ropa[36], la cogió y se dirigió a la puerta para salir, pero no la veía por ninguna parte, así que dejó su botín en el suelo para buscar mejor. Enseguida encontró la puerta. Recogió entonces el fardo de ropa, dispuesto a marcharse, cuando de nuevo la puerta desapareció. Esto se repitió una y otra vez, hasta que al fin, en medio de la noche, escuchó una voz que venía de ninguna parte; y esta voz le dijo:

—¡Deja esa ropa! Nosotros somos sus guardianes y no te dejaremos salir de aquí con ella. No importa que Râbi'a esté dormida, nosotros vigilamos. Durante años ella se ha puesto por completo en las manos de Dios, y no

[36] En el relato que ofrece Munâwî, trata de robar su velo.

permitiremos que Iblis se introduzca en su casa. Has de saber tú, ladrón, que cuando uno de nuestro amigos está hundido en el sueño otro amigo está siempre vigilante.

* * *

Otro ladrón entró cierto día en la casita de campo en la que Râbi'a se retiraba en el verano. No encontró allí nada que robar, salvo un cántaro de agua. Se disponía ya a salir cuando Râbi'a le recriminó con estas palabras:

—¡Si en verdad eres un ladrón intrépido, no te irás sin llevarte algo!

El ladrón contestó que no había encontrado nada que robar. Ella le miró con ojos llenos de compasión y le dijo:

—Toma, coge este cántaro de agua y haz tus abluciones. Luego, ve a ese lado de la casa y haz tu oración. Si así haces, no te marcharás con las manos vacías.

El ladrón estaba intrigado, pero pensó que nada perdía por seguir el consejo de aquella extraña mujer. Cogió, pues, el cántaro de agua y se dispuso a seguir su indicación. Entretanto, Râbi'a alzó los ojos al cielo y habló así con Dios:

—Dios mío, este ladrón ha entrado en mi casa pero no ha encontrado nada que robar, así que lo he enviado a Tu puerta. ¡No le prives de tu bondad y tu generosidad!

Mientras, el ladrón había terminado su oración, y se sentía lleno de alegría y paz interior. Decidió entonces decir otra plegaria, y luego otra, y otra más. Su corazón se iba llenando de luz... Llegó la aurora del nuevo día, desde el alminar se elevaba la voz del muecín alabando la grandeza de Dios, la gente iba abandonando su lecho y la enamorada de Dios velaba por el mundo. Con el amanecer, Râbi'a se acercó al ladrón, que se encontraba postrado, con la cabeza en el suelo, pensando en voz alta:

Si mi Creador me dice:
«¿No te avergüenza tu maldad hacia mí,
tú, que en tu desobediencia te alejas de Mí?
Y, sin embargo, yo oculto tus pecados a los hombres»,
¿qué podré responder cuando me reprenda y me despida?

—¿Qué tal has pasado la noche, amigo mío? —le preguntó Râbi'a.

—Muy bien —contestó el ladrón—. En mi miseria y mi desdicha, me he visto abajado ante Dios, y Él aceptó mi arrepentimiento. Me ha reintegrado entre Sus servidores, me liberó de la penitencia y perdonó mis pecados. Me ha mostrado Su camino y, así, he comprendido lo que debo buscar. Verdaderamente, es un Dios Clemente y Misericordioso.

Râbi'a levantó los brazos al cielo y exclamó:

—Dios mío, mi Señor, este hombre ha estado ante tu puerta solamente una noche, y ha sido admitido en tu presencia. Y yo, que desde el momento en que te conocí no he dejado nunca de estar en tu presencia, ¿estaré también algún día entre los admitidos?

Entonces, una voz le respondió:

—Gracias a ti, Râbi'a, he admitido a este hombre y le he hecho acercarse a Mí.

* * *

Una noche muy oscura, Hasan al-Basrî, acompañado de sus discípulos, se dirigió a casa de Râbi'a. La oscuridad era tan intensa, que apenas se podía distinguir nada. La luz de la luna no lograba atravesar las gruesas nubes que cubrían el cielo de Basora. Hasan y sus discípulos no tenían lámpara, y Râbi'a tampoco, pero de la mano de la mujer brotó una luz más hermosa y más brillante que la de cualquier lámpara, y con ella se alumbraron hasta los primeros rayos del amanecer.

* * *

En una ocasión, cuando le preguntaron sobre la otra vida, dijo:

Nada tengo que decir
respecto del Infierno y el Paraíso.
En cuanto a mí, no aceptaré nada
a cambio del Aquel que he amado.

* * *

Muhammad ibn Wâsi' [37] se acercó a Râbi'a cuando ésta se tambaleaba como si estuviera ebria.

—¿Por qué te tambaleas de ese modo? —preguntó.

—Anoche me emborraché con el amor de mi Señor y me he despertado embriagada de él —contestó.

* * *

Decía con frecuencia:

—No me aflige estar triste; mi verdadera pena es no estar suficientemente triste.

---

[37] Abû 'Abdallâh Muhammad ibn Wâsi (m. *c.* 120/738), conocido transmisor de hadices, recitador del Corán, asceta y discípulo de Hasan al-Basrî.

* * *

Sâlih al-Murrî[38] dijo en su presencia:

—A quien llama sin cesar a la puerta, se le abre.

—La puerta está siempre abierta —dijo Râbi'a—; la pregunta es: ¿quién desea verdaderamente entrar por ella?

* * *

Decía también:

Permanece en la puerta si anhelas la Belleza,
Abandona el sueño si quieres entrar.

* * *

Rabí'a solía utilizar siempre la misma túnica para orar, y eran muchos los que pensaban que tenía un poder milagroso. Sucedió en aquel tiempo que un general Omeya, conocido por su crueldad, nombró como go-

---

[38] Muerto en 176/792-93, fue predicador, recitador del Corán y transmisor de las primeras tradiciones musulmanas. Tenía en Basora su propia mezquita, donde enseñaba los estudios coránicos.

bernador de Basora a un hombre corrupto. Los habitantes de la ciudad fueron a pedirle que rezara para librarse de su injusticia. Râbi'a dijo:

—No pediré a Dios su muerte; en vez de maldecirle, le amonestaré, a ver si se arrepiente y vuelve al camino recto.

Dio entonces su túnica a 'Abda[39] y le dijo:

—Llévasela al gobernador y dile que Râbi'a le envía sus saludos. Dile igualmente que esta túnica es preciosa para mí, pues con ella he caminado por la Vía de Dios. Cuando abandone este mundo, es lo único que dejaré tras de mí, pues soy una mujer pobre, no poseo palacios ni caballos; sé sin embargo que tú [el gobernador] tienes palacios y muchísimos caballos. Pon esta túnica sobre uno de ellos, y devuélvemela cuando yo esté muy lejos de ti, en el otro lado del Sirât[40] que atraviesa el Infierno hacia el Paraíso.

Cuando el gobernador recibió este mensaje, abrazó la túnica, la estrechó contra su pecho, lloró amargamente y dijo:

---

[39] 'Abda bint Shuwâl, gran espiritual discípula de Râbi'a, que aparece en los relatos como compañera, amiga y sirvienta.

[40] El Sirât es el puente que se alza entre el lugar de la Resurrección y el Paraíso, y está suspendido sobre el Infierno.

—¡Oh Râbi'a, tu latigazo me ha sacado de mi despreocupación!

Se arrepintió, hizo penitencia y devolvió todos los bienes logrados con su injusticia; luego se unió a la comunidad de los devotos.

* * *

Râbi'a al-'Adawiyya oraba día y noche sin interrupción. Cuando se le preguntó por qué lo hacía, ella respondió:

—No busco con ello ninguna recompensa, pero quiero alegrar al Profeta el día de la Resurrección. Así, en ese día, él dirá con gozo a los demás profetas: «Ved a esta mujer de mi pueblo. Ésta es su obra».

* * *

Un día, dijo Sufyân a Râbi'a:

—Pido a Dios que ponga su complacencia en mí.

Ella respondió:

—¿No te da vergüenza pedir que se complazca en ti Aquel en quien tú no te complaces?

* * *

Un día, Râbi'a vio a Rabâh[41] cuando éste abrazaba y besaba a un niño.

—¿Le quieres? —preguntó.

—Sí —respondió él.

—No pensaba —dijo entonces Râbi'a— que hubiese lugar en tu corazón para amar a alguien fuera de Dios, bendito sea su santo nombre.

Rabâh lanzó entonces un grito y cayó desvanecido. Luego, se levantó, se secó el sudor de su rostro y dijo:

—Hay una ternura que viene de Él, exaltado sea, y que Él ha puesto en el corazón de sus servidores hacia los niños.

* * *

En otra ocasión, preguntó al sufí Rabâh al-Qaysi:

—Rabâh, ¿los días y las noches son largos para ti?

—¿Por qué deberían serlo? —le respondió él.

Ella le contestó:

---

[41] Rabâh ibn 'Amr (m. hacia 180/796), asceta contemporáneo y amigo de Râbi'a, afirmaba la superioridad de los *awliyâ'*, amigos de Dios, sobre los profetas, exponiéndose a la condena de los teólogos.

—Por tu anhelo por contemplar al Amado.

Al oír esto, Rabâh al-Qaysi permaneció en silencio, y Râbi'a dijo:

—La respuesta para mí es «sí».

* * *

Se cuenta que cierto día dos ulemas fueron a visitar a Râbi'a y ésta les ofreció su hospitalidad. Viendo que tenían hambre, puso ante ellos todo lo que tenía, dos panes de cebada; en ese momento llegó un mendigo, y Râbi'a se los dio. Los ulemas contemplaron la escena sin pronunciar palabra, asombrados por lo que veían sus ojos y sin nada que llevarse a la boca. Al poco, llamaron de nuevo a la puerta; esta vez se trataba de una joven sirvienta con un cesto lleno de panecillos.

—Mi señora te envía estos panes —dijo.

Râbi'a los contó y vio que había dieciocho; entonces, los metió de nuevo en el cesto y dijo a la muchacha:

—Llévatelos y di a tu señora que debe de haber un error.

—¡Pero si no hay error alguno! —respondió la sirvienta que, no obstante, ante la insistencia de Râbi'a, recogió los panecillos y se marchó.

Cuando la muchacha contó a su señora lo sucedido, ésta puso dos panes más en el cesto y mandó de nuevo a la sirvienta a casa de Râbi'a. Ésta los contó, dio las gracias a la muchacha y puso los panes calientes ante sus huéspedes. Cuando hubieron terminado de comer, Râbi'a explicó lo ocurrido:

—Cuando llegasteis me di cuenta de que estabais hambrientos, pero apenas tenía nada para ofreceros. Entonces vino el mendigo, y al mismo tiempo que le daba los dos panes, recé al Señor: «Dios mío, Tú has dicho que quien hace una buena obra recibirá diez por uno[42], y Tu palabra es veraz». Cuando la muchacha trajo los dieciocho panecillos, pensé que debía de haber algún error, pues confío en el Señor y sé que Él cumple Sus promesas; pero cuando su señora añadió los dos panes que faltaban, supe que esos veinte panes eran los nuestros.

* * *

Contó Mâlik ibn Dinâr:

Fui una tarde a casa de Râbi'a, y he aquí que le oí decir:

---

[42] Corán 6, 160: «Quien presente una buena obra, recibirá diez veces más».

—¡Cuanta pasión en el goce mundano, y yo sigo buscándolo! Oh Dios mío, ¿no tienes un castigo para mí? Pues no hay refinamiento sin fuego.

* * *

Cuando le preguntaron por qué lloraba tan a menudo, Râbi'a respondió:

—Le amo tanto, que mi mayor temor es estar separada de Él. Y temo escuchar, en el último instante, una voz que diga: «Esta mujer no es digna de estar en nuestra presencia».

* * *

Pero cuando le invadía la nostalgia de Dios, decía:

—Todos temen la llegada del Día del Juicio, ¡y yo lo deseo ardientemente!

Cuando le preguntaban por qué, respondía:

—Porque ese día, Dios me hablará por fin, diciendo: ¡Oh tú, mi servidora!

* * *

Decía Râbi'a:

—Aunque eres Todopoderoso, no te sirvo por tu paraíso. No es ése el objetivo de mi vida. Sólo Tú.

* * *

Un día, le oyeron decir:

Adormecidos los ojos
en su inconsciencia olvidadizos
sólo Râbi'a, la pecadora,
permanece entre Tus manos.
Dígnate lanzarle una mirada
para que de ella se aleje
el espectro del sueño.
Por Tu gloria y Tu poder,
ni de día ni de noche
me distraeré de Ti,
salvo en el sueño de la muerte,
y no descansaré hasta que me encuentre contigo.

* * *

Muhammad ibn 'Amr[43] nos ha transmitido:

---

[43] Siglo II de la hégira, conocido como transmisor de hadices de Muhammad y por sus ayunos.

Fui a ver a Râbi'a cuando era ya una anciana de ochenta años y con tantas arrugas que parecía un cuero seco a punto de romperse. En su casa sólo había una estera de juncos y un armazón de caña persa de dos metros de alto. La techumbre eran ramas secas, quizá recubiertas de estiércol. Había también un cántaro, un odre y una especie de manto de lana que era, al mismo tiempo, su lecho y su alfombra de oración [...]. Cuando pasaba entre la gente, la reconocían como la sierva de Dios. Un hombre le dijo en cierta ocasión:

—Râbi'a, reza por mí.

Ella, conmocionada, se apoyó en la pared y dijo:

—¡Que Dios te perdone! ¿Quién soy yo? Obedece a tu Señor e invócale, pues Él escucha siempre a los afligidos.

* * *

Contaba 'Abda, su sirvienta, que Râbi'a pensó durante toda su vida en la muerte; cavó su propia tumba junto a su casa, y la miraba todos los días, recordando su futuro. Mantuvo esta costumbre durante sus cuarenta últimos años. Para ella la muerte no era algo espantoso.

* * *

Se cuenta que un día Râbi'a se encontró con el ángel de la muerte:

—¿Quién eres? —preguntó.

—¡Soy el demoledor de las delicias, quien deja tras de sí viudas y huérfanos! —dijo.

Râbi'a le respondió:

—¿Por qué te presentas en tus aspectos más crueles? ¿No podías decir: soy aquel que une al amante y al amado?

* * *

Cuenta Abû Bakr Mofasser que, al saber que Râbi'a estaba enferma, fue con unos amigos a visitarla. Ella les dijo:

—La muerte es un puente entre amigos, y se acerca el momento en que yo lo atraviese. Mi alma tiene prisa por encontrar al Amigo. Le necesito.

* * *

Ibn al-Jawzî contó que 'Abda bint Shuwâl, una de las mejores siervas de Dios y sirvienta de Râbi'a, le había transmitido esto:

Râbi'a estaba constantemente en oración; noche y día permanecía absorta en el amor de Dios y sólo al amanecer se permitía un momento de descanso. Inmediatamente, salía de su somnolencia y retomaba su adoración diciéndose:

—¡Alma mía, qué poco velaste! ¡cuánto dormiste! ¿Cuándo despertarás? Tu sueño es casi tan profundo como el sueño del que sólo saldrás cuando la trompeta anuncie el Día de la Resurrección[44].

Y mantuvo esta costumbre hasta el día de su muerte. Ese día, me llamó y me dijo:

—'Abda, no avises a nadie de mi muerte, envuélveme en mi viejo vestido.

Hicimos como dijo, y la envolvimos en aquel vestido y le pusimos el velo de lana que solía usar.

Un año después de su muerte, la vi en sueños. Vestía un hermoso vestido de seda verde bordado con oro y plata[45], un vestido como no hay en la tierra otro igual. Entonces le pregunté:

—¿Qué fue de la vieja túnica y del velo de lana con que te enterramos?

---

44 Corán 50, 40-42.

45 Cf., por ejemplo, Corán 18, 31: «Para ésos serán los Jardines del Edén... Se les vestirá de satén y brocados verdes»; igualmente, Corán 76, 21: «[Los justos] Vestirán de verde satén y de brocado».

Ella respondió:

—Por Dios que me quitaron mi ropa para vestirme de la forma que ves. Mis vestidos viejos han sido doblados y sellados, y puestos en un lugar sublime para que mi recompensa sea perfecta el día de la Resurrección.

—¿Ése fue la razón de tu esfuerzo y tu lucha durante tu vida mortal?

—¿Qué es eso comparado con lo que he visto de la generosidad de Dios con Sus amigos? —contestó Râbi'a.

Entonces pregunté:

—¿Qué fue de Ubayda ben Kilâb?

—¡Ah! Ella me precede en los grados más altos.

—¿Cómo es posible? —dije yo—. Tú eras más santa a ojos de la gente.

—Es que ella nunca se preocupó ni de los días ni de las noches.

—¿Y qué hace Abu Mâlik?

—Visita a Dios, exaltado sea, cuando quiere.

—¿Y qué es de Bashar Ibn Mansur?

—¡Está feliz, pues ha recibido mucho más de lo que esperaba!

Finalmente, dije:

—Râbi'a, dame algún consejo para acercarme más a Dios.

Y ella me dijo:

—Recuerda continuamente Su nombre. Hazlo, pues sólo eso te alegrará en la tumba.

* * *

Cuando Râbi'a estaba ya muy próxima a la muerte, fueron muchos los que se acercaron a su lecho. Entonces, dijo:

—¡Levantaos y salid, dejad el paso libre a los mensajeros del Altísimo!

Salieron todos, y nada más cerrar la puerta oyeron una voz procedente de ninguna parte que anunció:

¡Alma sosegada!
¡Vuelve a tu Señor, satisfecha y acepta!
¡Y entra con Mis servidores,
entra en Mi Jardín![46]

No se oyó nada más. Sus amigos entraron y la encontraron muerta. 'Abda respetó fielmente la voluntad de su señora y cubrió su cuerpo con su vieja ropa y con el manto de lana que llevaba siempre.

---

[46] Corán 89, 27-30.

* * *

Muhammad ibn Aslam al-Tûsî y Numi al-Tartûsî fueron a visitar la tumba de Râbi'a. Una vez allí, dijeron:

—¡Eh, Râbi'a, tú que te gloriabas de no inclinar ante nadie la cabeza ni en este mundo ni en el otro, ¿dónde estás ahora?

Y una voz les contestó:

—¡Qué hermoso lo que sucedió! Hice lo que debía hacer, y encontré el camino recto. ¡Sólo Dios es sabio!

Del mismo editor:

- *El sufismo: velo y quintaesencia*, Frithjof Schuon
- *Comprender el Islam*, Frithjof Schuon
- *¿Qué es el sufismo?*, Martin Lings
- *El libro de la certeza, La doctrina sufí de la fe, la visión y la gnosis*, Abū Bakr Sirāj ad-Dīn (Martin Lings)
- *Un santo sufí del siglo XX. El Šayj Ahmad Al-'Alawî*, Martin Lings
- *Luces del Islam. Instituciones, arte y espiritualidad en la ciudad musulmana*, Jean-Louis Michon
- *El sufismo*, William Stoddart
- *La doctrina sufí de la unidad*, Leo Schaya
- *Cartas de un maestro sufí*, Shaykh al-Arabî ad-Dârqawî
- *El tratado de la Unidad y otros textos sufíes*, Ibn 'Arabî
- *Calígrafos del oriente musulmán*, Clément Huart

«Soberana del lugar de su reclusión,
velada con el velo de la sinceridad,
quemada por el fuego del amor y del deseo,
sedienta de la Proximidad y del Respeto,
abandonada en la unión,
considerada por los hombres como otra María,
pura como la pureza misma,
tal fue Râbi'a.»

ATTAR


ISBN 84-9716-497-0
9 788497 164979

LOS PEQUEÑOS LIBROS
DE LA SABIDURÍA

José J. de Olañeta, Editor